

BIBLIOTECA CANARIA

REVISTA

de

las primeras noticias escritas

sobre

LAS ISLAS CANARIAS

con algunas observaciones acerca de las mismas,
y comparación con el actual estudio geológico y
paleontológico del país

por

Don Rosendo García Ramos y Bretrillard

SANTA CRUZ DE TENERIFE. (ISLAS CANARIAS)

Imprenta Valentín Sanz, 15

Año 1943

REVISTA
DE
LAS PRIMERAS NOTICIAS ESCRITAS
SOBRE
LAS ISLAS CANARIAS

REVISTA
DE
LAS PRIMERAS NOTICIAS ESCRITAS
SOBRE
LAS ISLAS CANARIAS

CON ALGUNAS OBSERVACIONES
ACERCA DE LAS MISMAS, Y COMPARACION CON EL
ACTUAL ESTUDIO GEOLOGICO Y PALEONTOLOGICO
DEL PAIS

POE

ROSENDO GARCIA-RAMOS Y BRETILLARD

AÑO 1878



SANTA CRUZ DE TENERIFE (CANARIAS)
Imprenta Valentin Sanz, 15
AÑO 1941

I

Que el archipiélago Canario existe desde una época muy anterior a los tiempos proto-históricos, cosa es acerca de la cual no se puede abrigar ningún género de duda. Suficientemente lo demuestra la sola inspección geológica de su suelo, o sea, la de sus montes, valles y riberas.

Hay, pues, que interrogar la Geología para obtener algunas indicaciones o inferencias sobre la larga época prehistórica de éste, como de otro cualquier país en general.

Pero esas nociones que pudiéramos adquirir por ese medio, son o parecen ser puramente geológicas; pues hasta la fecha en que escribimos estas líneas, los estudios paleontológicos hechos sobre estas islas no han dado sino noticias vagas, bajo el punto de vista histórico propiamente dicho, concluyéndose tan solo de ellos, de una manera positiva, que los despojos de animales y de vegetales sepultados en las entrañas de la tierra, son aquí tan antiguos como lo son en todos o casi todos los demás países en que se les ha encontrado.

Ningún indicio claro hay de que entre la multitud de huesos fósiles encontrados aquí en diferentes tiempos, se cuente alguno perteneciente al género humano, ni tampoco al de los simios; si bien no nos atrevemos a ne-

gar, ni afirmar, que tales despojos existan en Canarias, porque todos aquellos que hemos examinado se hallan fracturados y de tal modo revueltos con otros fragmentos vegetales y minerales, que se hace muy difícil su clasificación. Además, los huesos aquí no aparecen en «camadas», como en algunos otros países, sino tan solo diseminados en algunos terrenos de sedimento, y raramente reunidos en número de dos o tres juntos, reunión debida casi siempre a causa accidental ajena a una anterior anexión de los mismos.

Es sumamente verosímil que, en el tiempo en que vivieron los seres organizados cuyos restos aparecen aún en Canarias, estas islas formaban parte de un vasto continente, o por lo menos, tenían otra disposición muy diferente de la actual. Pero de cualquier modo el estudio paleontológico aquí no ha suministrado aún ningún dato histórico, en el sentido usual de esta palabra; sino tan solo indicaciones geológicas, y otras, ajenas a nuestro particular objeto y propias tan solo de un tratado de historia natural.

II

Contrayéndonos, pues, a las nociones históricas, en la acepción ordinaria de esta frase, diremos que nada puede afirmarse acerca de la época en que comenzaron a estar pobladas estas islas. Las más antiguas tradiciones sobre las Canarias, nada nos dicen acerca de su población, ni de su despoblación. Homero es el primer autor conocido que, según parece, se ocupó de nuestras islas; pero sus frases dejan mucho que desear, en esta parte, para que se pueda fundar sobre ellas cualquiera noción realmente histórica, salvo la de que se creía por algunos antiguos que ciertos héroes pasaban en cuerpo y alma a los Campos Elíseos, que quedaban a la extremidad del Occidente, sin experimentar aquellos de ningún modo el trance de la muerte.

Cuál fuese la verdadera situación de dichos Campos, ha sido cuestión muy debatida y de la cual nada satisfactorio se ha podido concluir, porque los mismos autores antiguos no tuvieron jamás entre sí acuerdo ni idea cierta geográfica del lugar a donde iban a descansar las almas de los bienaventurados.

En el libro IV de la Odisea trae Homero la profecía del dios marino Proteo, que declaró que Menelao no experimentaría el destino del vulgo de los mortales, sino

que «los Dioses le enviarían a los Campos Elíseos, que se hallan a la extremidad de la Tierra, en los dominios del blondo Radamanto, donde pasan los hombres una vida dichosa, sin experimentar nieves, fríos ni lluvias, sino las perennes brisas del armonioso Zéfiro, que el Océano les envía.»

Es verdad que Servio, sobre la fé de Salustio, consignó que las islas Fortunadas fueron celebradas en los versos de Homero; cuya descripción circunstanciada, según creyó el comentador Pío, se ha desmembrado de sus obras. Pero no puede asegurarse que esas islas a que se refiere Servio, sean islas oceánicas, y no las mismas del Mediterráneo que Homero menciona, y que fueron también llamadas Fortunadas por diferentes poetas.

En la antigüedad casi puede decirse que no hubo isla del Océano o del Mediterráneo, que no mereciese el epíteto de Fortunada a uno o varios poetas; y seguramente las Canarias sólo pueden reivindicar la pluralidad de sufragios en favor de aquel calificativo y del de Campos Elíseos y mansión de bienaventurados.

Hesiodo es más explícito que Homero en cuanto a la situación de aquellos lugares beatos. En el canto I de su poema titulado «Los trabajos y los días», dice refiriéndose a los héroes que sucumbieron en las guerras de Tebas, Troya, etc., que «Júpiter les mantiene y establece a la extremidad del mundo, en las islas venturosas, que quedan en el Océano grande; y allí la fecunda tierra produce para ellos los frutos más exquisitos, hasta cuatro veces en el curso del año.»

Pero todavía Píndaro determina mejor a nuestras islas en la oda 2.^a de sus Olímpicas.

«Alumbrados día y noche—dice—por un sol siempre resplandeciente, los justos pasan después de su muerte una existencia apacible, en unión de los demás hijos predilectos de los Dioses. Todos aquellos mortales que han logrado, después de habitar basta tres veces en uno y otro mundo, conservar su alma exenta de toda injusticia, esos marchan por la vía divina que conduce

al trono de Cronos. Allí las brisas del Océano bañan sin cesar las islas de los bienaventurados; y en sus campos brotan esmaltadas flores, con las que entretejen guirnaldas para adornar sus sienes, conforme a la voluntad de Radamanto, que se sienta al lado de Saturno.»

El trono o alcázar de Cronos, esto es, de Saturno, de que aquí habla el poeta, no es otro que el monte Teide—o pico de Tenerife,—según el testimonio de casi todos los comentadores de Píndaro. Otros autores antiguos hablan también de la torre o palacio de Cronos como situado en el Océano, y aún el mismo Píndaro le llama en distintos parajes «monte» de Cronos, lo cual confirma la opinión de que se refiere al Teide.

Casi todos los poetas griegos y latinos que hablan de las Afortunadas, o mansión de los bienaventurados, le hacen sentando que son unas islas oceánicas y tomándolas por los mismos Campos Elíseos, a los que llaman también «lugares beatos, campos alegres, vergeles afortunados», etc.

Herodoto, en su libro IV, dice que hay en estos mares «un monte cónico, descollado, y tan eminente, que con dificultad se puede divisar su cumbre.» Este monte no puede ser otro que el Teide, o sea el monte Cronos que acabamos de mencionar. También dice Herodoto, en otro lugar de su obra, que aquel monte es algo cilíndrico y que su cúspide se halla casi siempre cubierta por las nubes, designándole sus habitantes con el nombre de «Columna del Cielo». Esta noción tiene tanta analogía con la fábula de Atlas sosteniendo el Cielo sobre sus hombros, que casi puede asegurarse que dicha fábula no reconoce otro origen.

Muchos intérpretes y expositores del capítulo X del Génesis, y del XXVII de la Profecía de Ezequiel, se inclinan a creer que nuestras islas son las llamadas Elisias, o de Elisa, en la Sagrada Escritura. Véanse aquí los términos en que se expresa Benedicto Pereira: «No me parece fútil la opinión de los que conjeturan que el mismo Elisa en persona, o sus descendientes, pasado todo

el Mediterráneo y llevados más allá del Estrecho de Gibraltar, aportasen a las islas Afortunadas, y que éstas tomasen el nombre de Elisias por ese respecto. Lo que daría margen a los poetas para que en sus fábulas dijese que allí estaba el sitio de los Bienaventurados, llamándole Campos Eliseos.

El profeta Ezequiel dice, en el capítulo citado, que los tirios, o sea los fenicios, extraían el jacinto y la púrpura de las islas de Elisa; y a más de la autoridad de casi todos los intérpretes, tenemos el dato de que las Canarias han sido en todos tiempos muy productoras de aquellos tintes. Más adelante veremos que fueron también llamadas Purpurarias. Además, se las llamó también Junonias, como en su lugar veremos, y es sabido que Juno y Elisa fueron sinónimos entre los tirios, fenicios y otros pueblos de la antigüedad, los que designaron con ambos nombres a una misma Diosa. De consiguiente los campos de unas islas de aquel nombre, tenían por razón natural que ser llamados «Campos Eliseos»; y como los antiguos navegantes ponderaban el mérito del clima y demás circunstancias de aquel país desconocido y casi misterioso, parece verosímil que los poetas y mitólogos se apoderaran de esa noción para situar en una región tan poética la mansión de los bienaventurados, mansión que por ese respeto comenzaría a llamarse desde entonces Campos Eliseos.

Esa hipótesis parece más verosímil cuando se tienen en cuenta las exageraciones de los antiguos navegantes. Ellos aseguraban que en los Campos Eliseos corrían arroyos de leche y de miel, y que hasta el aire era allí de color purpúreo, etc.

Sin embargo de ello, deteniéndonos aquí un momento en la etimología de aquel nombre, debemos consignar que la voz Elisa parece ser un derivado de Eli, que en los idiomas orientales significaba Dios o Señor (1); de

(1) De la misma voz viene el nombre Alí de los árabes, turcos, etc.

cuya raíz parecen haber sido formadas las voces Helice, Elisa-beth, etc. La misma raíz Eli, que se escribió también Héli, fueron acaso voz compuesta de «e Li», esto es, de un artículo y un nombre. Lo cierto es que Liceo o Liceo, fué uno de los sobrenombres de Apolo en época primitiva. También hubo Júpiter Liceo, y algunos montes de igual denominación en la Licia, así como en Arcadia, Tesalia, etc. En estos montes tuvieron templos aquellos Dioses, pero es hoy difícil venir en conocimiento de la prioridad que tuviera el nombre entre los unos y los otros.

Más tarde, el célebre historiógrafo Estrabon hizo también constar que los fenicios extrañan de las islas oceánicas la tinta purpúrea; y que a aquellos navegantes debieron estas islas el renombre de Junonias o Elisias, así como el de Purpurarias.

III

No fuerón solos los fenicios los navegantes antiguos que tuvieron la osadía de penetrar en el mar de Occidente, y aún emprender la circunnavegación del Africa. Pero a la verdad que estas primeras expediciones al Océano se hallan envueltas en tal tejido de fábulas, que causa tedio el ocuparse de ellas y emprender el desembrollo de este oscuro caos.

Los poetas y algunos otros autores antiguos parece que se propusieron que no quedara semi-dios, héroe, rey, príncipe ni hombre célebre alguno, que no penetrase en el Atlántico, y que no hiciese en este mar grandes descubrimientos o estupendas proezas.

Tenemos, pues, que Osiris o Sesostris, rey de Egipto, y su nieto Néptuno, anduvieron por las costas atlánticas, mil seiscientos y tantos años antes de la Era Cristiana. Que el rey Atlas de Mauritania, su hermano Hespero y el famoso Hércules también revolvieron algo por este mar, no menos que Perseo, hijo de Júpiter y de Dánae, que tuvo la suerte de convertir Atlas en un monte. Es lo cierto, que la tal metamorfosis de Atlas fué tan famosa, que hasta el pico de Teverife se halló comprendido en el asunto y tomado por el mismo rey o semi-dios, después de su aventura.

Desde ese tiempo, pues, comenzó a ser llamado Atlante el monte Teide (1).

Y después de aquellos principales personajes, también parece ser que recalaron por nuestras aguas el famoso Ulises y el no menos célebre Menelao; todo por que a Homero, o alguno de sus copistas, se le ocurrió llamar algunas ocasiones «Océano» al mar Mediterráneo, y «rio Océano» a uno de los de Italia.

Al mismo Homero no faltan autores y comentadores que le hagan viajar por el Océano, como en recompensa del buen deseo que siempre manifestó de que sus héroes no pasasen a mejor vida sin haber dado antes una vuelta por este mar.

Pero prescindiendo por ahora de las alteraciones que los copistas hayan introducido desde lo antiguo en el texto de Homero, y suponiendo este texto tal como salió de la péñola de aquel autor, hay que tener presente que Homero no fué más que un poeta—y si se quiere, un gran poeta,—y que la Odisea es tan solo un bello mosaico, en el que inscrustó todo lo que sabía, que a la verdad era bien poco, de la geografía del Mediterráneo.

No sólo Homero, sino los mismos geógrafos de su tiempo, apenas conocían el «mar interior» y mucho menos sabían del «Exterior». Sabían tan solo que había un mar exterior u Océano, que rodeaba toda la tierra; pero unos creían que comenzaba en unos parajes, y otros entendían que en otros. Las cartas geográficas más antiguas de que se tiene noticia, y que sin duda son muy posteriores a Homero, presentan al Mediterráneo en una disposición tal cual se necesita para que nadie le reconozca; y debe advertirse que esas cartas fueron formadas por los hombres más impuestos en la corografía de aquellas épocas. Ahora, júzguese cual sería la de los tiempos de Homero.

(1) Este nombre de «Teide», que ha prevalecido sobre el de Atlante, es debido a los antiguos y acaso primitivos habitantes de la isla de Tenerife.

Por lo que se desprende de la lectura atenta de la Odisea, y las observaciones de sus más ilustrados comentadores, se puede opinar que Homero entendió, con otros muchos antiguos, que el Océano principiaba en el golfo de Venecia, o en el de Tarento, si no es más bien que suponían que el mar exterior comenzaba desde los estrechos que separan la península italiana de la isla de Sicilia, y a ésta del Africa. Probablemente los unos lo entenderían de un modo, y los otros de otro; y nosotros no dudamos consignarlo así en éste lugar, desentendiéndonos de la consideración que ha movido a algunos de los autores canarios a suponer nuestras islas visitadas por los semi-dioses homéricos. Sabemos que eso lisonjea nuestro amor propio, pero sabemos también que la verdad debe preferirse, y que no necesitamos de aquellos semi-dioses por aquí para hacer constar que estas islas merecieron de los antiguos el más ventajoso concepto.

Por otra parte, precisamente otro gran poeta, Horacio, funda uno de los mejores timbres de gloria de las Afortunadas, en que no apareciesen por aquí ciertos bandidos o piratas—o semi-dioses, si así quieren llamarse,— que a Homero y otros parecieron famosos personajes: «Nunca atrajo a sus orillas la avidez al sidonio, ni la expedición de Ulises se vió en sus tranquilas aguas; jamás los argonautas pusieron el pie en aquellas islas, ni penetró hasta ellas la impúdica Medea.» Seguramente que Horacio se hubiera escandalizado si entendiera que se acercó al asilo de la Virtud la no menos impúdica Helena, y su abandonado esposo Menelao.

Separándonos, pues, de esas nociones fabulosas, tenemos algunos datos que nos parecen verídicos; cual es—entre otros—el del geógrafo Scilax Cariandeno, que asegura que los fenicios navegaron por este mar Atlántico hasta la isla Cerne. Después, al tratar del periplo de Hannon, veremos que los cartagineses se adelantaron mucho más, con el objeto de descubrir, comerciar y fun-

dar, como ellos decían, colonias libio-fenicias (1).

Las flotas de Salomón parece ser que también costearon el Africa, y aun doblaron el Cabo de Buena Esperanza, si creemos lo que dicen casi todos los autores que de las mismas expediciones se han ocupado. Fúndanse principalmente para suponerlo así, en que Plinio—lib. II, cap. 67—y otros autores, se persuaden a que los antiguos efectuaron repetidas veces viajes de circunnavegación.

Y a la verdad, si los fenicios u otros navegantes antiguos, dieron la vuelta al Africa, es muy probable que reconociesen las islas Canarias; y no solo debieron verlas, sino explotarlas y acaso colonizar en ellas (2).

Herodoto—lib. IV—asegura que los fenicios hacían frecuentes escalas por nuestro mar Atlántico, en cuyas islas y costas africanas desembarcaban, renovaban la aguada y aún sembraban sus granos, esperando hasta el tiempo de la cosecha; por cuya razón tardaban dos años para llegar a la columnas de Hércules o golfo Gaditano.

Estrabon también—lib. XV—nos trasmite la noticia de Tearcon rey de Etiopía, cuyas armas se hicieron respetables en tiempo de Sennacherib rey de Asiria, y cuya armada recorrió todo el litoral de Africa, partiendo del mar Rojo, hasta llegar a explotar la misma Europa (3).

(1) Es la misma expresión del texto original. Sabido es que por «la Libia» se entendía, ora la parte septentrional del Africa, entre Egipto y el actual Marruecos, ora tan solo Tunez y Tripoli, ora todo el continente africano.

(2) Desde el canal que separa estas islas del Continente se puede divisar la tierra a un lado y otro.

(3) Es cosa sabida que en aquellos remotos tiempos, la civilización se hallaba en el Occidente, y de él partían las expediciones para descubrir lo restante del mundo. La Europa central y occidental era entonces explorada como un país salvaje; y tan solo en España—o sea en la antigua Iberia—había desde entonces algunos gérmenes de cultura.

Herodoto—lib. IV, cap. 42—habla de otra expedición llevada a efecto por orden del gran Nechao—o Necos—faraón, es decir, rey o emperador de Egipto, con el objeto de reconocer él mismo el litoral del Africa, o la Libia, como entonces se decía. En esta empresa figuraron también los fenicios, como marinos los más expertos de que se podía echar mano en tales casos. La armada partió asimismo del mar Rojo, y tardó cerca de un año en llegar al cabo que actualmente se llama de Buena Esperanza; dobló dicho cabo, y con igual detención y exámen fué recorriendo las costas occidentales hasta llegar, según se dice, al estrecho de las Columnas de Hércules, etc. Esta expedición empleó cerca de tres años en sus operaciones, y es muy verosímil que reconociese y aún se detuviese en alguna de las islas Canarias. Se llevó a cabo, según la vulgar suposición, poco más de seis siglos antes de la Era Cristiana. El mismo Herodoto nos habla, en dicho libro, de otra empresa análoga, mandada por Setaspes, sobrino del famoso Jerjes, soberano de Persia, que tanto dió que hacer a los griegos. Esta escuadra salió del Mediterráneo por el estrecho, penetró en el Atlántico sin alejarse mucho de la costa africana, y llegó hasta el promontorio Síloco o Silois. Otros leen en Herodoto que la escuadra se avanzó hasta mucho más al sud- oeste del dicho cabo. De cualquier modo, no es inverosímil que avistase o que recalase sobre algunas de nuestras islas.

Conocida es la famosa expedición de Hannon, sufete de Cartago, por las costas occidentales de Africa,—expedición mal llamada «periplo», puesto que Hannon no dió la vuelta al citado continente.—De esta empresa nos hablan Aristóteles, Plinio, Mela y otros autores; y puede verse la relación entera, es decir, tal como ha llegado a nuestros tiempos, bastante bien traducida al idioma toscano, en la Colección de navegantes y viajes dada a luz por J. B. Ramusio (1). Hannon, pues, salió al frente

(1) «Raccolta delle navigazione e viaggi», Venecia, 1554 y 55.

de una numerosa flota, por orden del Senado cartaginés, a descubrir, explorar y colonizar la parte más occidental de la Libia; en cuya expedición parece que invirtió cerca de cinco años. Píeténdose que las Canarias no quedaron olvidadas en esta empresa, sin embargo de que la relación original—o que pasa por tal—nada nos dice de positivo acerca de ellas. Habla, sí, de una isla Cerne, y de otras varias situadas, a lo que parece, en lo interior de los golfos y las rías del continente, o cuando menos muy próximas a él; pero no podemos persuadirnos de que ninguna de esas islas indicadas sea de nuestro archipiélago. Por lo demás, el itinerario de Hannon es un problema que aún no han podido resolver los sabios—ni creemos que lo resuelvan,—ignorándose cual es la isla Cerne y hasta dónde llegaron esa vez los cartagineses. dado—no obstante—que pasaron hasta mucho más adelante de la referida isla.

Esta colección contiene algunas relaciones, comentarios y notas muy apreciables. La relación del viaje que nos ocupa se titula: *La navegación de Hannon, general de los cartagineses, en aquella parte de Africa que queda afuera de las Columnas de Hércules*; la cual escrita en lengua púnica la dedicó el mismo en el templo de Saturno, y después fué traducida al idioma griego, y al presente lo es al toscano.

En la misma colección de navegaciones puede verse un curioso comentario de la citada relación, escrito por Plinio.

La obra de Ramusio, Secretario que fué del Consejo de los diez de Venecia, se reimprimió en dicha ciudad en 1574 y 1613; y está reputada por una de las mejores recopilaciones de ese género que se han dado a la prensa. La navegación de Hannon parece estar allí fielmente traducida del texto griego; y seguramente preferimos atenernos a lo poco que dice el original, en vez de engolfarnos en el mar de los comentarios, la mayor parte de ellos absurdos.

Plinio, Rufo Aviano, Arriano y Pomponio Mela hablaron largamente del asunto. El primero afirma que la expedición dobló el cabo de Buena Esperanza y penetró hasta el mar Rojo; pero Arriano no la hace pasar de la isla de San Tomé, etc., etc.

Estos cartagineses, y otros fenicios, lo mismo que los griegos y particularmente los foceanos, hacían frecuentes exploraciones en el Atlántico u Océano occidental. Ya hemos indicado que Hannon llevaba la orden de fundar colonias «libio-fenicias», según dice la relación original—y es de notar que se prefiere esa frase a la de «libio-cartaginesas»;—y no cabe la menor duda en que el litoral africano y tal vez las mismas Canarias, recibieron colonos en esta y muchas otras ocasiones.

En el libro de «Las cosas maravillosas», atribuido a Aristóteles, se lee lo siguiente:

«Dícese que más allá de las columnas de Hércules y a muchas jornadas adentro de la mar, los púnicos (1) descubrieron una hermosa isla sumamente rica en toda clase de producciones, en la cual se habían establecido muchos de ellos; pero que los senadores o sufetes prohibieron aquella colonización, y aún mandaron dar muerte a los que se obstinaron en permanecer allí.» Caso de ser exacto ese relato, se supone que las medidas de rigor adoptadas por el Senado, serían para prevenir y evitar que los colonos se hicieran más tarde independientes, y vendieran después las producciones de la isla a subido precio a aquella misma nación que tuviera la imprudencia de dejarlos allí, y que era, a la vez su madre patria.

Y caso de ser exacto aquel relato, preguntamos nosotros ¿qué isla pudiera ser aquella? Esa misma pregunta se han hecho diferentes autores y no han podido satisfacerla de una manera concluyente; porque, a la verdad, entre las Canarias, Madera y Puerto-Santo, las Azores, y acaso también las Británicas, es muy difícil decidir, sin otro dato ni más luz que aquellas pocas líneas. También Diodoro de Sicilia—lib. V, cap. 16—habla, según parece, de la misma isla, en los siguientes términos:

(1) Es de advertir que los romanos llamaban así indistintamente a cartagineses y fenicios y también llamaban «púnico» o «púniceo» al color rojo, púrpura o escarlata, tal vez porque lo comerciaban particularmente aquellos pueblos.

«Algunos aventureros púnicos se adelantaron por el Océano hasta muchas jornadas más afuera de la tierra conocida, y encontraron una isla afortunada, llena de bosques y praderas deliciosas, con fértiles valles y montañas; en la cual se estableció una parte de la gente del equipaje.» Veamos ahora, como Mr. D'Avezac explaya esta noticia—en su obra sobre las islas de Africa—según el ejemplar de Diodoro que tenía a la vista:

«A varias jornadas de la Libia, hay, en el seno de los mares una isla considerable, de suelo fértil, dividida por cordilleras de montañas y valles deliciosos y surcada por corrientes de agua navegables. La frondosidad de los bosques y vergeles, lo límpido de las aguas, pureza del aire, excelencia de los frutos y abundancia de caza y pesca la hacen un país afortunado y una mansión de bienestar. Separada desde su principio de las demás regiones del mundo, permaneció ignorada por espacio de muchos siglos. Fué descubierta por ciertos navegantes fenicios, que partieron de sus establecimientos de Gades con el objeto de explorar el Océano, los cuales, navegando por las aguas de la Libia, fueron asaltados de una tempestad que duró muchos días y por último, empujados hacia aquella isla cuyas felices circunstancias reconocieron y marcaron. Algo más adelante, los tirrenos y toscanos, señores del mar, proyectaron enviar a ella una colonia, pero los púnicos se les opusieron, porque querían éstos reservar para sí mismos un país que pudiera acaso servirles de recurso, en caso de que la suerte les fuera adversa en lo sucesivo.»

IV

Nos hemos propasado tal vez del orden cronológico sincrónico de los hechos (1) porque creímos que a la relación de las expediciones fenicias a que se atribuye la denominación de «Eliseas», impuesta a nuestras islas, debía seguir inmediatamente la de algunas otras expediciones antiguas llevadas a cabo por navegantes de la misma nación; pero ya es tiempo de que suspendamos este relato y nos ocupemos de la nueva denominación de Hespérides, con la que encontramos también y casi al mismo tiempo, designado este archipiélago en la antigüedad.

Dos son las etimologías probables de este nombre.

Según la una, viene inmediatamente del planeta Venus, llamado antiguamente Hespero, Véspero, Lucífero, etc. (2) Bajo este concepto, poco tenemos que decir, porque es sabido que aquel planeta sirvió para denominar a casi todas las regiones occidentales—y aún quizás también a las opuestas, o sea, a las más orientales—. En efecto, en

(1) En un trabajo de esta índole no puede haber un estricto orden cronológico, ni sincrónico; y tan solo es dado aproximarse un tanto al mismo.

(2) Según Suidas, fué Parménides el autor que dió primero el nombre de Venus al planeta llamado hasta entonces Hespero.

aquellos antiguos tiempos en que apenas se conocía el mundo, cualquier circunstancia bastaba para dar nombre a un país. El brillante Hespero, ese astro que lucía más que ningún otro, exceptuando el Sol y la Luna, bastaba para que se designase con su nombre a todas aquellas regiones que quedaban a aquella parte sobre la que se acostaba, y aún sobre la que se levantaba. La Iberia fué llamada Hesperia por los latinos, a causa de quedarles al Occidente, según la misma Italia fué llamada Hesperia por los griegos, fundados en la misma razón. Así no hay que disputar, bajo este punto de vista etimológico, sobre si la verdadera Hesperia fué Italia o lo fué España, Portugal, Marruecos (1) o Berbería, pues es sumamente verosímil que todos esos países recibieron aquella denominación, ora fuese simultáneamente, ora en diferentes tiempos. Es asimismo ocioso discutir acerca de si las verdaderas Hespérides fueron las Canarias, o bien las Azores, Madera y Puerto Santo, etc. (2),—siempre bajo el mismo concepto etimológico;—porque es sumamente probable que todos esos archipiélagos representaron otros tantos grupos de Hespérides.

Según la otra etimología, el nombre viene del rey Hespero, de sus hijas Hespérides, o del famoso jardín de estas princesas.

En este asunto hay lugar a largas discusiones acerca de cual fuera el país en que se hallaba aquel Jardín, si es que jamás ha existido, y sobre ello aduciremos aquellos datos menos fabulosos que podamos encontrar, aunque a la verdad, todos son fabulosos o mítológicos en alto grado.

Hespero, hermano, suegro o hijo de Atlas, es un per-

(1) En la relación del viaje de Hannon, se hace mérito de un cabo del Africa llamado Hespero.

(2) Camoens, en sus *Lusiadas*—Canto V—da a entender que las Hespérides fueron las islas de Cabo Verde. Acaso entendió que el cabo de Hespero que se menciona en la relación de Hannon, fuera el mismo cabo Verde; pero nada autoriza para creerlo así.

sonaje tan mitológico como lo fueron Hércules, Perseo, Teseo, Jason y tantos otros héroes o semi-dioses. Atlas fué convertido en monte; pero a Hespero cupo mejor suerte en su metamorfosis, pues se tornó en esa brillante planeta que preside a uno y otro crepúsculo. Cualquiera que fuese este rey, héroe o semi-dios llamado Hespero, parece que fué el padre de las ninfas Hespérides, que según algunos autores no fueron sino hijas de Atlas.

Pedro de Medina—en su libro de las «Grandezas de España»—trae la antigua noción de que Hespero, duodécimo rey de Iberia, fué destronado por Atlante y obligado a refugiarse en Italia, y que entonces sus hijas, las Hespérides, recogiendo prontamente sus tesoros, se embarcaron y aportaron a nuestras islas, las que por ese respeto se designaron con aquel nombre.

Palefato (1), autor griego que se ocupó en desembrollar algo la fábula, nos dice que Hespero era natural de la ciudad de Mileto—capital de la Jonia—y que tuvo dos hijas que poseyeron unas ovejas cuyo vellón se decía ser dorado o áureo; que Hércules las robó estas ovejas y también su pastor, llamado Dragón; y que por un juego de palabras se dijo después «manzanas» en vez de «ovejas»—por tener ambos significados la voz «mála o méla,—haciendo también del pastor un verdadero dragón, por otro juego de palabras.

Ese, dice, es el origen de la fábula de las manzanas o frutas de oro guardadas por un dragón.

A esas nociones debemos añadir que para el epíteto de oro nos parecen más apropósito las naranjas que las manzanas; y es constante que también las primeras se designaron con el mismo nombre que las segundas. Es más, las naranjas fueron designadas, no solo con el nombre de «mala áurea», sino que también con el de «mala Hesperiae o mala hesperia», lo cual significa también

(1) Hubo en la antigüedad hasta tres autores de ese nombre y de gran celebridad. Aquí parece que se trata del que compuso el libro sobre las «Cosas increíbles».

«frutas hespéridas»,—pues la voz «malum» en singular y «mala» en plural, tiene además la significación general de «fruta o frutas».—

Pero además de Pelafato, tenemos que Marco Varrón y Diodoro de Sicilia dicen que el «malum» o «melum» «auréum» de los poetas significa «vellón de oveja»; de cuya expresión se derivan las de «vellocino» o «toisón áureo o dorado», algo impropriamente dichos de oro.

Otros autores exponen que las Hespérides fueron tres hermanas, llamadas Eglé, Eriteis y Hespera o Hespere. Según Apolodoro, se llamaron Aglé, Eriteya y Hestia o Aretusa. Y otros autores difieren acerca de los nombres, número y aún filiación de las Hespérides. Diodoro de Sicilia dice que Hespero tuvo una sola hija, llamada Hespéride, que fué esposa de Atlas: y que de esta unión nacieron siete hijas (1), llamadas indiferentemente Atlántidas y Hespérides.

Estas ninfas—prosigue Diodoro—tenían en sus praderas una multitud de ovejas, de singular belleza, envidiadas por diferentes soberanos. Entre ellos Busiris, rey de Egipto, envió unos piratas para que robasen estas ovejas, y aún a las mismas princesas, si les era posible; pero aunque efectuaron lo uno y lo otro, a su vuelta se vieron atacados por Hércules, que les arrebató su presa y la devolvió a Atlas.

Hesiodo sitúa el Jardín de las Hespérides en una isla del Océano. Ferécidas, le coloca al pie del monte Atlante o Atlas hiperbóreo. Pomponio Mela dice que el Atlante se halla en una de las islas Hespérides, aserto que, a la verdad, no puede ser más terminante en favor de las islas Canarias. Ateneo afirma que el Sol dió a Hércules un barco de oro para que pasara a la isla Erythia, mansión de las Hespérides, etc.

Esta isla Erythia—o Erythia—no sabemos positivamente cuál fuese, porque hubo diversas islas de ese nom-

(1) Ese es justamente el número de las islas Canarias llamadas también antiguamente Atlántidas.

bre en la antigüedad. En particular la isla de León, en el golfo Gaditano, fué célebre antiguamente bajo aquel nombre; y tal vez fuera en ella donde entendieran Ate-neo y otros antiguos, que tenían su mansión y su jardín las precitadas ninfas (A).

Si tomamos a las manzanas de oro por vellones de ovejas, parecen claramente designadas las Canarias en aquella fábula, pues estas islas han sido en todos tiempos muy abundantes en rebaños de tales animales, y además se hallan aquí desde muy antiguamente unos árboles llamados dragones o dragos (1), que a más de ser oriundos o indígenas del país, parece ser que no se han producido jamás en Europa. De estos árboles se ha extraído desde fecha inmemorial la celebrada «sangre de dragón», como se decía antiguamente, o «sangre de drago», como hoy se dice, y como esta sangre fué famosa por la virtud que se le atribuía y por ser llevada desde países desconocidos, a aquellas ciudades que eran entonces el emporio del comercio, de ahí que los tratantes fingieran que la sacaban de diversos animales extraños,

(1) En latín «draco», que significa «dragón». Los franceses le han dado siempre este último nombre, o bien, el de «dragonier». Los españoles también le suelen llamar dragonero. Es el «dracoena draco» de los botanistas, y llama la atención por su rara forma y sobre todo por la larga duración de su vida. Crece muy lentamente y vive muchos siglos; pues ni aún los más recios vendables alcanzan a quebrantarle. Es verdad también que es un árbol de pocas ramas y sobre todo de pocas hojas las que se conservan únicamente a la extremidad de sus gajos, y según van creciendo éstos van cayendo aquéllas naturalmente, y saliendo otras nuevas. Entre las plantas indígenas de las Canarias es esta una de las más remarcables, y se distingue mucho por su forma del drago o dragonero de América. La sangre de drago, consta por una multitud de datos que se ha comerciado en estas islas desde fecha inmemorial, siendo como fué—uno de los principales artículos que atraía hacia ellas a los navegantes desde muchos siglos antes de la conquista.

cuales eran dragones, grifos, monoceros o rinocerontes, elefantes, etc.

Prevalció el nombre de sangre de «dragón»; y a su vez la sangre parece dió nombre al árbol que la producía.

Estos árboles son peculiares de las costas y riberas, de manera que parecen guardar o defender la entrada de los jardines donde se hallaban las pretendidas manzanas de oro—atendida la propensión de los antiguos para tales fábulas, propensión que dimanaba de la ignorancia de la época y misterio en que se hallaba envuelta la geografía, etc.—Además, estos dragos parece que tampoco se producen en el inmediato continente de Africa; y esta es otra razón más para que las manzanas de oro estuviesen en islas y no en un continente.

V

El haber sido llamadas Atlánticas estas islas no es debido, según parece, a la circunstancia de hallarse situadas en el mar del mismo nombre.

Ya indicamos que tanto a las islas como a las hijas de Atlas, se llamó indistintamente Atlántides y Hespérides; pero independientemente de esa etimología, atribúyeselas también aquel nombre por derivación del monte Atlas o Atlante.

Antes de ocuparnos de si el monte Teide fué o no fué el Atlas de los antiguos, vamos a hablar de una tercera etimología, la que pretende o supone que tanto esta isla como su mar tomaran aquel epíteto de la famosa isla Atlántida (1); si bien con la salvedad, que hacemos desde

(1) La sola enumeración de todos los autores, antiguos y modernos, que se han ocupado de la Atlántida sería un trabajo pesado y de poca utilidad. Pueden consultarse, en particular Platón, Ansilas, Censorino y San Clemente de Alejandría—en sus «Stromates» o fragmentos.—

Los manuscritos descubiertos en las ruinas de Herculano dan también alguna luz sobre la antigua Atlántida, pero a la vez acredita que la geografía de los egipcios era sumamente errónea. Así es que pudieran entenderse que la relación de los Sacerdotes

luego, de que también pudiera ser que la Atlántida, si jamás ha existido, fuera la que tomase su nombre del mar o del Atlante africano. Esta salvedad no tiene lugar si se admite, como algunos autores lo pretenden y diremos luego, que las Canarias, Madera y Puerto-Santo, etc., sean los restos de aquella inmensa isla; pues en tal caso, dentro de sí misma tenía el gigantesco monte que, más probablemente, diera nombre al Océano.

aludía tan solo a las islas Británicas, y que de ellas salió el ejército que invadió el Continente. También es verdad que el archipiélago Británico puede, acaso ser el resto de otra tierra mayor, o Continente hoy sumergido, que se extendiera hasta cerca del cabo Finisterre, o más acá de dicho cabo.

El estudio geológico y geognóstico de las actuales Canarias, no ofrece datos bastante positivos para afirmar que de ellas se haya desprendido y hundido la casi totalidad de la Atlántida, o de otra región antigua; pues aunque dichas islas ofrecen grandes escarpes en sus riberas, estos efectos se explican fácilmente en geología, por el conocimiento de la eficacia del oleaje, y los desprendimientos y hundimientos parciales, que son comunes a todo país en general.

Que fueran producidas las Canarias por levantamientos parece un tanto verosímil, atendida la inclinación hacia el mar que tienen casi todas sus formaciones; pero también hay que observar que muchas de estas formaciones son debidas a una volcanización posterior a la existencia primitiva de las mismas islas fuera de las aguas.

No hay duda que se ven en Canarias muchos hechos o camadas de terreno con una sensible inclinación hacia el mar; y que en los hechos sedimentarios esa circunstancia es un poderoso argumento en favor de la producción por levantamiento. Pero esas consideraciones no son concluyentes para opinar que nunca fueran estas islas parte de una región más extensa, como lo es el continente Africano; y por otra parte, sin apelar al sistema de levantamientos y hundimientos, el mar por su parte puede haberse hallado mucho más bajo en época remota y como tal haber dejado en descubierto vastas regiones que hoy tiene ocultas bajo sus ondas.

Platón dice en sus «Diálogos», que Solón adquirió de los sacerdotes egipcios ciertas noticias acerca de la existencia y destrucción de una tierra occidental llamada Atlántida: que esta tierra o grande isla estaba situada a no muchos días de navegación de las Columnas de Hércules: que la habitaba un pueblo numeroso: que se llamó Atlas uno de sus primeros reyes—o el primero efectivamente;—y que al cabo de nueve mil años (1), próximamente, estaba ya cubierta casi toda por el mar, ora fuese

(1) Ese y otros varios cómputos de milenios que se hallan en los antiguos códices orientales, son no poco suspectos; por que parece ser cosa indudable que los más antiguos pueblos señalaban el tiempo por las lunaciones a las que muchos autores antiguos llamaban años.

Entre muchos datos que podemos citar, nos concretaremos por ahora, al que trae Plinio, en el capítulo XLVIII de su libro VII. Allí dice que «otros llaman año al tiempo que dura cada luna, como son los egipcios, entre los cuales se cuenta de varios que vivieron cada uno mil años; porque llamaban años a las lunaciones». Nosotros podemos certificar, por haberlas examinado, que las más antiguas momias de Egipto que se poseen en las colecciones europeas, no exceden de la regular estatura de un hombre de nuestros tiempos. De ahí puede también inferirse que la duración de la vida no es probable que fuese mayor entre los antiguos egipcios que entre nosotros.

El mundo sí es verdad que es mucho más antiguo que lo que comunmente se cree; pero esos cómputos de milenios que se complacían en referir los antiguos, no pasan de ser una ficción elucubrada para atribuirse una antigüedad o sea prioridad de los unos sobre los otros. En esa parte no es España la peor librada; pues Estrabon afirma que los tartesios o pueblos de la Bética conservaban su historia y códigos escritos en verso, desde una época tan remota, que en su tiempo ascendía ya a seis mil años.

A la verdad que si ese dato es exacto y se trata de verdaderos años, no hay en Europa, ni quizá en todo el mundo, una civilización más antigua que la de la nación española.

a causa de una elevación de éste, ora por hundimiento de aquélla.

Los filósofos e historiógrafos griegos que sucedieron a Platón, y en particular Crantor, sostuvieron siempre que las noticias acerca de la Atlántida, y en general todas las que Platón consignaba en sus obras eran verídicas, o por lo menos adquiridas efectivamente por este filósofo de obras o personas fidedignas. Y es de advertir que Proclo cita el testimonio del historiógrafo etiope Marcelo, que dió noticia de la existencia y pérdida de la Atlántida, desde antes que lo hiciera Platón.

Además de Proclo, se inclinan a creer aquella noticia Tucídides, Posidonio, Filon de Biblos, Amiano-Marcelino, Séneca, Plotino, Marcilo Ficin, el P. Kircher, Juan de Serres, Hornio, Bekman, Tournefort, etc.; siendo de advertir que este último y célebre naturalista, lo mismo que los autores de la famosa «Enciclopedia» del pasado siglo,—art. Atlánt.—opinan también que las Canarias son parte de la indicada región.

La existencia o no existencia de aquella isla, y si las Canarias, las Azores, etc., son o no son sus restos, constituyen unas cuestiones tan debatidas ya en el mundo literario, que nada nuevo podemos decir aquí sobre el asunto, aunque alarguemos algo más estos apuntes. Pero consideramos tan interesantes algunos trozos del relato de Platón, que no podemos resistir al deseo de reproducirlas aquí, siquiera sea esto una redundancia, atendido a lo conocidas que son las obras del filósofo ateniense.

Dice, pues, a Solón uno de los más sabios sacerdotes de la ciudad de Sais, en Egipto, a quien el mismo Solón interrogaba acerca de la historia de los antiguos tiempos:

«El género humano ha sufrido y sufrirá muchas destrucciones: las mayores, por el fuego y por el agua, y las menores por otras diversas causas. Lo que entre vosotros se refiere de Faeton, hijo del Sol, que atreviéndose a conducir el carro de su padre y no pudiendo dirigirla, cayó a la Tierra y la quemó, no es más que una fábula;

pero en los movimientos de los astros alrededor de la Tierra, pueden acontecer a largos intervalos, catástrofes semejantes...

«Cuando los dioses purifican la Tierra con un diluvio, los pastores se acogen a sus montañas, mientras que los habitantes de vuestras ciudades son arrastrados al mar por los torrentes. En nuestro país, los torrentes no bajan jamás de lo alto para inundar nuestros campos, y nos libran de ser sepultados en las entrañas de la Tierra (1). Hé ahí por lo que nosotros hemos conservado los más antiguos monumentos... Todo lo sucedido entre nosotros, o entre vosotros, o en cualquiera otro país, que sea glorioso, importante o digno de observación, lo tenemos consignado por escrito y conservado en nuestros templos, desde tiempo inmemorial. Pero en Grecia no constan vuestros hechos ni los de los demás pueblos, ni escritos ni por otro medio usado en los estados cultos; ni se ha consignado que las aguas del cielo hayan venido periódicamente a caer sobre vosotros, como un torrente, sin dejar sobrevivir más que hombres sin letras y sin instrucción; de suerte que os encontráis de nuevo en la infancia, ignorando tanto lo que entre vosotros ha pasado en los antiguos tiempos, cuanto lo acontecido entre nosotros, etc. A la verdad, Solón, las generaciones de que has hablado son casi para contárselas a niños—o como la vida de un niño.—Además, tú no hablas sino de un solo diluvio—el de Deucalion.—y ha habido antes de ese muchos otros. Vosotros no hacéis mención de la más hermosa raza y más heroica que ha existido en vuestro país, si bien tú y tus compatriotas traéis origen de los restos de ella que pudieron salvarse del común desastre. Todo esto lo ignoráis, porque los que sobrevivieron, lo mismo que su descendencia, han existido largo tiempo sin tener conocimiento de las letras...

(1) La rareza con que hueve en Egipto, pudiera dar motivo a decir eso; pero es lo cierto que si un diluvio cayera del mismo modo sobre la Grecia y el Egipto, no sería la primera la que saliera peor librada.

«Nuestros libros nos enseñan que en otro tiempo Atenas destruyó un poderoso ejército, venido del mar Atlántico, que invadió atrevidamente la Europa y el Asia. Porque es de advertir que ese mar era entonces navegable, y tenía delante del estrecho que llamáis las Columnas de Hércules, una región más extensa que la Libia y el Asia. De la indicada región o isla podía fácilmente pasarse a las demás, y de éstas al continente (1) que rodea al mar interior—el Mediterráneo,—pues inmediatamente después de pasado el estrecho de que hablo, sigue un puerto de entrada estrecha, y luego un verdadero mar, y la tierra que limita o rodea a este mar, es un verdadero continente. En esta isla Atlántida gobernaban reyes muy poderosos, y tenían bajo su dominio la isla entera, así como otras y algunas regiones del mismo continente. Además, su poder se extendía más acá del estrecho, hasta la Libia y el Egipto, y en la Europa hasta el mar Tirreno...

«En una serie de grandes temblores de tierra y de inundaciones, se hundieron en solo un día y una noche todo lo que había de gente poderosa y la Atlántida desapareció bajo las aguas del mar, el cual desde ese tiempo quedó innavegable por la gran cantidad de lodo que ha ocupado el lugar de la isla sumergida (2).»

(1) A la verdad que al leer esas líneas se concibe la verosimilitud que muchos hallan de que la América fuese conocida en nuestro viejo hemisferio, desde fecha remota antes de nuestra Era.

(2) Aunque en este paraje no se dice los siglos que contaba ya la Atlántida de antigüedad, cuando fué destruída; sin embargo, anteriormente se había indicado que contaba la Atenas primitiva nueve mil años de existencia, cuando sostuvo la guerra contra los atlantes.

Seguramente que la tan antigüedad de aquella isla no parecerá fabulosa a las personas que entiendan que esos «años» de que hablaban los Sacerdotes egipcios no fueron otra cosa que «lunaciones». Esa narración, pues, ha sido identificada a otras varias,

En otro lugar de sus «Diálogos», pone Platón la siguiente relación en boca de Critias:

«Debo preveniros que no os extrañe el oírme designar con nombres griegos a los extranjeros, pues lo hago por esta razón: cuando Solón proyectó poner en verso esta relación, se informó del significado de los nombres, y descubrió que los Egipcios (que fueron los primeros que escribieron esta historia) habían traducido a su idioma la significación de los mismos nombres, en consecuencia de ello, resolvió, a su vez, pasarles a nuestro idioma... Conservo aún en mi poder los mismos manuscritos de Solón... Hé aquí, o poco más o menos, los términos en que comenzaba aquella larga historia:

«Ya he dicho que cuando los dioses abandonaron el

hechas por los antiguos egipcios, y que nos han trasmitido distintos autores. He aquí como se expresa Herodoto—lib. II—acerca de la antigüedad del Egipto: «Los Sacerdotes me mostraron en sus escrituras los nombres de trescientos treinta reyes que habían reinado después de Menes, que pasa por haber sido el primer soberano del Egipto. Entre aquellos trescientos treinta monarcas había diez y ocho de dinastía etiope, y una reina de otra nación; los restantes eran todos egipcios.»

Diodoro de Sicilia determina algo mejor las fechas, cuando dice en su libro I, Sección 2.^a, lo siguiente: «Los Sacerdotes hacen comenzar el reinado, en Egipto unos quince mil años antes de la centésima cuarta Olimpiada, en la cual pasé yo mismo a Egipto, reinando Ptolomeo, el llamado «Nuevo Baco». La mayor parte de los reyes habían sido de dinastía egipcia; pero hubo entre ellos algunos de raza etiope, como también los hubo persas y macedonios.

Sabido es que los Ptolomeos fueron reyes egipcios de esta última dinastía, la que parece haberse extinguido en la célebre Cleopatra.

No queremos hablar aquí de otras varias suputaciones de milenios, mucho más considerables, que pueden verse en distintos autores, con referencia al mismo Egipto, a la India, a la China, etc.

mundo (1), cada uno de ellos se adjudicó una comarca, grande o pequeña, en la que hizo edificar templos e instituir sacrificios en su propia honra. La Atlántida tocó a Neptuno, y en ella estableció a los hijos que había tenido en una simple mortal. Hacia la mitad de la isla había una montaña, y en ella puso su habitación Evenor, que era uno de los hombres que la tierra había engendrado en otro tiempo; el cual procreó en su mujer Leucipe una sola hija, llamada Clito, de la cual se prendó Neptuno. Fallecidos ya Evenor y su esposa, y cada día más enamorado Neptuno de la hija de aquéllos, resolvió aislar la colina que la misma habitaba, para lo cual abrió en derredor de ella un triple foso, que llenó de agua, y además fabricó dos murallas que guarneciesen aquella altura, con lo cual se hizo inaccesible... Después dividió la isla en diez partes, y la repartió entre sus hijos, habiendo sido el mayor y primer rey de aquel imperio. Atlas, de quien tomó nombre toda la isla y el mar que la rodea.

«Los hijos y descendientes de Neptuno permanecieron en aquella región durante una larga serie de generaciones, y su imperio se extendió a un gran número de islas, y aún más acá del estrecho, hasta el Egipto, y el mar Tirreno.»

Aquí sigue, en el original, una larga descripción de la Atlántida, de su gobierno, ejército, marina, etc.; la que se termina por la noticia de su ruina y destrucción. Nosotros no queremos aventurar juicio acerca de la veracidad o no veracidad de ese relato; y desde luego manifestamos nuestra opinión de que es absolutamente imposible decidir hoy—con conocido acierto—si hubo o no hubo tal isla Atlántida. Es más, creemos que todas las

(1) Esto es, casi, decir «cuando pasaron a mejor vida.» Es sabido que los pensadores modernos se hallan de acuerdo en opinar que los dioses del paganismo fueron hombres, a quienes sus descendientes divinizaron, llevados de una falsa piedad, superstición, o más bien, orgullo de raza.

suposiciones que en este asunto se hagan, carecen de bastante fundamento, y nunca pasarán de ser utopías desarrolladas con más o menos ingenio y apoyadas en más o menos datos científicos que, cuando mucho, darán a conocer la erudición y extensos conocimientos de sus autores.

En esa y otras antiguas tradiciones y relaciones, que se pierden en la noche de la antigüedad, es lo más prudente—si no lo más acertado—no formar una opinión absoluta, es decir, no negar ni asegurar en absoluto la veracidad del relato que a través de los siglos ha llegado hasta nosotros. Casi siempre hay un fondo de verdad en tales relaciones, si bien esa verdad se halla oscurecida por mil alteraciones, adicciones y aún a veces sustracciones, que la hacen parecer inverosímil. Así es que muchos, hastiados con una relación fabulosa e inverosímil, acaban por negarla totalmente, mientras que otros, amantes de lo maravilloso, no ponen gran dificultad en aceptar como verdadero lo que tal vez no lo es; o lo es sólo en una muy pequeña parte.

Prescindiendo, ahora, de la etimología que de la isla Atlántida pudiera traer la denominación de Atlántidas o Atlánticas concedida antiguamente a las Canarias, restanos hablar de otras derivaciones, eliminando, como debemos eliminar ya, la respectiva a las ninfas Atlántidas hijas de Atlas y de Hespéride.

Parece verosímil que la celebridad del rey Atlas o Atlante, haciéndose extensiva a su reino—como se hizo a la cordillera en la que practicó, o no practicó, sus observaciones astronómicas,—acaba por comunicar al mar inmediato un nombre ya famoso y conocido por casi todo el mundo antiguo. Esta, no hay duda, es una etimología muy aceptable; pero no nos dispensa de hacer presente que tiene muchos títulos el Teide para acreditar que él fué el verdadero monte Atlante de los antiguos, y que se le tomó por la metamorfosis del famoso rey de Mauritania. En tal caso, si no puede afirmarse terminantemente que el monte de Tenerife fué lo que dió

nombre al Océano, puede—al menos—inferirse que contribuyó más o menos a que este Océano se llamara Atlántico, y a que así se llamaran también las islas que el mismo mar baña.

El monte, o mejor dicho, cordillera del Atlas de Mauritania, que apenas o nada se distingue desde el mar, no nos parece ni tan elevado ni tan famoso, que bastara por sí solo a dar nombre a todo un Océano. Tal vez en la antigüedad haya sido algo más eminente; pero de cualquier modo, aquella cordillera no presenta en ninguna parte una cosa que haga recordar la idea del Atlas sosteniendo al Cielo sobre sus hombros, esto es, un cuerpo aislado y gigantesco, cuya cima se oculta entre las nubes.

Y precisamente esa idea la realiza perfectamente—según el genio de la mitología—el monte Teide, que se destaca aislado del seno de aquel mar, y que se puede divisar desde el Africa misma.

Herodoto dice—lib. IV—que el Atlante es descollado y algo cilíndrico: que aseguran que es tan alto, que no se puede ver su cumbre, constantemente cubierta por las nubes; y que sus habitantes le denominan «la Columna del Cielo». He ahí una excelente explicación de la fábula de Atlas sosteniendo al Cielo con sus hombros. Y en otro paraje dice, que hay en el Océano un monte llamado Atlante, el cual es cónico y tan elevado, que no se divisa bien su cúspide (1).

Nuestro erudito historiador Viera y Clavijo observa a propósito de esas líneas, que ellas contienen la ver-

(1) Eusebio de Cesárea, escribe—lib. VI, cap. 30—que en el año milésimo de Roma se mudó el Atlante de su primitivo lugar. Damos esta noticia por lo que vale; pero de cualquier modo, no parece verosímil que se entendiera que la cordillera del Atlas hubiese mudado de sitio. Aquella noticia parece más bien referirse al Teide.

Por lo demás, no se necesita el apoyo de muchas autoridades para probar que el monte de las Canarias fué conocido en la

ñadera y lacónica descripción del monte Teide (1); y que parecen inaplicables al Atlas mauritano, que es una cordillera en la que no aparece cilindro ni cono tan destacado o elevado que merezca el epíteto de Columna del Cielo.

«Además de esto—prosigue Viera—cuando yo veo que Virgilio—Eneida IV, núm. 240.—haciendo la pintura del monte Atlante, describe la aspereza de sus faldas, la eminencia de la parte vertical con que sustenta al Cielo, la densidad de sus nubes, sus nieves, sus hielos, sus vientos, su espesura de pinos, y sobre todo, cuando dice que Mercurio se arrojó desde su cumbre al mar, a fin de transitar hasta Cártago para desempeñar la embajada de que estaba encargado, cerca de Eneas: no tengo libertad para apartar del pensamiento nuestro pico de Tenerife. Y a la verdad, si el Atlante de que habla el poeta estaba en el continente mismo de Africa, ¿qué necesidad tenía Mercurio de arrojarse al mar para pasar a la corte de Dido?».

Diremos más preciso le era pasar «por sobre Cartago mismo» para llegar al mar en aquella dirección.

«El mismo Virgilio, pronosticando a Augusto la extensión y felicidad de su imperio, dice que hay cierta tierra fuera de la jurisdicción de los astros y del curso

antigüedad con el nombre de Atlante. Este es un punto acerca del que no hay contradicción ni desacuerdo entre los autores. Tampoco la hay con respecto al aserto de que el Atlas de Mauritania fué también conocido por otros diversos nombres, y muy particularmente por el de Montes Claros.

(1) Se preguntará, tal vez, por qué causa no se llama hasta hoy Atlante el monte Teide; y diremos que ha prevalecido el segundo nombre por ser el que le impusieron los Guanches, antiguos y acaso primitivos habitantes de la isla de Tenerife, en su idioma propio o particular. Los conquistadores poco o nada sabían del mito del Atlante; así es que se convinieron en adoptar el nombre que ya le encontraron impuesto en el país, y que era, por lo demás, mucho más fácil de pronunciar.

ánno del Sol donde el Atlante, insigne sustentáculo de los Cielos, carga sobre sus hombros una Esfera adornada de estrellas ardientes—Eneida VI, núm. 795.—En cuyas expresiones quería decir Virgilio, que las islas Fortunadas y Campos Elíseos eran el asiento del monte Atlante; pues ya había supuesto más arriba que aquella morada deliciosa de las almas bienaventuradas «tenía otro Sol y otras diferentes Estrellas».—Eneida VI, número 641.»

«Pomponio Mela, haciendo una descripción circunstanciada del Atlante (que conviene en todas sus partes al Teide), coloca este monte en una de las islas Hespérides, que siempre reputó por las mismas que las Afortunadas.—Mela. de Sit. Orb. lib. III, cap. 11.º—Mas separándonos todo lo posible de esta clase de pruebas eruditas que cansan, insistamos únicamente en una reflexión más sencilla, más obvia y que creo muy natural. Los egipcios, los fenicios, los cartagineses, los griegos, los romanos, en una palabra, todos cuantos habían navegado repetidas veces por nuestro mar Atlántico ¿no observaban que del centro de la isla Nivaria arrancaba un monte de figura piramidal, cuya base era casi toda la isla y cuya cima o cúspide se perdía entre las nubes como para apoyar los Cielos? ¿No le divisaban a la distancia de casi setenta léguas? ¿No consideraban su perpétua nieve, sus nubes, y hasta sus erupciones de volcán? Claro está que sí, y que no serían tan ignorantes que dejasen de celebrar este monte por celebrar el de Mauritania (1).»

Y si en tiempos de las navegaciones de los egipcios y fenicios era, y no podía menos que ser, sobradamente conocida la cordillera mauritana ¿cuánto más no lo sería en el siglo de Augusto? ¿Cómo podía pretender Virgilio ni otra persona alguna sensata, hacer creer ni siquiera fingir que allí estaban los Campos Elíseos, bajo otro sol y otras estrellas? ¿Cómo decir que en la antigua

(1) Noticias de la hist. de Can. libro III, § 2.

provincia romana de Africa se hallaba la columna de los cielos, el famoso Atlante, sosteniendo sobre sus hombros una esfera adornada de estrellas ardientes?

Francamente, todavía el pico de Tenerife nos parece corto para semejantes hipérboles; todavía temeríamos que en los tiempos de Augusto fuera demasiado conocido... si no vinieran en nuestro auxilio los siguientes datos y otros muchos que demuestran hasta qué punto se obstinaron los navegantes en ver maravillas en el Océano.

Gregorio Letti, autor de una vida de don Felipe II, rey de España, dice en dicha obra—tomo II, pág. 31—que hay en Tenerife o sea en la antigua Nivaria, una montaña de una altura tan desmedida, que no se puede subir a ella sino dificultosamente y en tres días de camino; por cuya razón está reputada por la más eminente de todo el mundo: que se pretende que desde su cima hasta su pie se encuentran diferentes habitaciones de gentes absolutamente salvajes y crueles: que entre las maravillas que se notan en este monte, se habla mucho de cierto peñasco muy duro que muda de color todas las lunas nuevas, y de consiguiente doce veces en el año: que todavía es más asombroso, que siendo esta piedra de tal solidez que es difícil romperla la más leve porción, al punto que se consigue desprenderla algún pedazo se reduce éste a polvo, a proporción del menguante de la luna.

El erudito P. Feijóo, en su «Teatro Crítico»—tomo VII, disc. 2.º—dice que el pico de Tenerife, tan alto como es, que acaso no hay otra montaña más alta en el Universo, etc.; hipérbole que si no parecía tal en pleno siglo XVIII, nos puede dar a conocer, o sospechar, cuáles serían las de los siglos anteriores.

Y todavía hay algo de más curioso. Los mismos sabios o naturalistas modernos que han visto, visitado y aún pasado a medir el Teide, le han imaginado tan alto como parecía en los tiempos de Herodoto. Según Vierl y Clavijo—lib. III, § 4.º—Ricciolo y Kirchner le dan diez millas italianas de altura, que todavía es una bagatela

relativamente a las quince leguas de elevación que le suponen Nicols y Moreri. El P. Feuillée de la Academia de Ciencias de París, le atribuye 760 toesas de elevación sobre la de los Pirineos; y Casini, computó la altura total de aquel monte en 2.624 toesas, con lo que excede al punto culminante de los Pirineos en 1.101 toesas. Véase también sobre esto la relación del abate La Caille, en las memorias de dicha Academia, año 1751.

VI

El historiógrafo etíope Marcelo—citado por Proclo— es quizá el autor conocido que desde más atrás nos ha hablado de las Afortunadas, excepción hecha de algunos poetas. Pero desgraciadamente es tan poco lo que dijo, o lo que hasta nosotros ha llegado de sus obras, que se reduce a consignar que siete de aquellas islas estaban consagradas a Proserpina, y las tres restantes a Plutón, Amón y Neptuno. Indudablemente Marcelo contó los islotes o pequeñas islas próximas a la actual Lanzarote, en el número de las Afortunadas.

Es asimismo indudable que por esos antiguos tiempos las islas Canarias eran visitadas con alguna frecuencia, pues las navegaciones a lo largo del litoral de Africa debieron ser repetidas cada poco tiempo. La circunstancia de no haber llegado hasta nosotros sino muy pocas relaciones de esas expediciones al Atlántico, se explica fácilmente sin que haya necesidad de atribuir la escasez de tales navegaciones. En efecto ¿qué podía llegar a nosotros, a través de tantos siglos y de tantas vicisitudes, de unas relaciones que o no se escribieron, o se escribieron muy rara vez, y sin el recurso de la prensa para divulgarlas?

Esa es la razón de tener que echar mano, cuando se trata de investigaciones antiguas, a algunos textos de los poetas, pues en la escasez de obras literarias que puedan dar alguna luz sobre los tiempos proto-históricos, preciso es a los autores o compiladores modernos, no desperdiciar ni el menor dato, indicio o detalle que pueda contribuir a esclarecer algo el crepúsculo de lo pasado.

Plauto dice en su comedia titulada «El trinumo», que era opinión generalmente admitida que las almas de los buenos pasaban después de la muerte a las islas Afortunadas.

Horacio—lib. V, oda 16—invita a los romanos a que, para no presenciar los desastres e iniquidades de la guerra civil, se alejaran de un país que parecía abandonado de los dioses.

«El Océano que circunda a toda la Tierra—dice—es nuestro último recurso; marchemos a la isla y campos amenos y bienaventurados, donde la tierra sin ninguna labor se cubre anualmente con las más ricas mieses, donde las vides sin cultivo nos brindan con sus racimos, donde el olivo aparece siempre cubierto de fruto, donde los higos adornan constantemente los higuerales. Allí la miel destila sin cesar de los huecos de las encinas, y los arroyos que descienden de las montañas embelesan con su grato murmullo; las cabras vienen ellas mismas a presentar sus ubres henchidas de leche, sin que existan lobos, víboras ni otro animal alguno que las inquiete. Allí, sin mencionar otras ventajas que causarán nuestra admiración y nuestra dicha, el acuoso Euro no inunda los campos con sus lluvias torrenciales ni el grano es arrebatado por los ardores estivales; jamás los argonautas pusieron el pie en aquellas islas ni penetró hasta ellas la impúdica Medea; nunca atrajo a sus orillas la avidez al Sidonio, ni la expedición de Ulises se vió en sus tranquilas aguas. Ningún contagio diezma allí los ganados, ni astro maligno existe que les haga sentir su perniciosa influencia. Apenas el siglo de cobre hizo olvidar al de oro, y el de hierro sucedió al de cobre, cuando Júpiter dejó incomu-

nicados estos sitios con respecto a lo restante del mundo, a fin de que ellos sirvieran para siempre de mansión y de asilo a la virtud (B).»

Si descartamos de esa relación la parte hiperbólica que contiene, no podremos menos de reconocer la verdad del fondo, y la noticia bastante clara que se tenía en tiempo de Horacio sobre las Afortunadas. La circunstancia de no existir animal alguno feroz o ponzoñoso se verifica hasta hoy en estas islas, y en cuanto a su clima es sabido que no existe otro más benigno en toda la redondez de la Tierra. La idea de que sus campos producían todo género de cereales y frutos, sin arar ni sembrar, fué tan general en la antigüedad, que no habrá hoy persona medianamente erudita que lo ignore. También atribuían a aquella bienaventurada región el privilegio de que sus peñas manasen arroyos de leche y de miel. Evidentemente, hay exageración poética en tales relaciones, pero el fondo de ellas es exacto. Los campos de las Canarias producían entonces multitud de frutos sin arar ni sembrar; y de sus peñas manaba la miel de algunos panales (1) y la leche de las cabras que allí descansaban sin haber quien las ordeñase.

(1) El P. Josef de Sosa, en el capítulo 2.º del libro III de su conocida «Topografía de la isla Canaria»,—obra escrita en 1678 y dada a luz en 1849,—dice lo siguiente a propósito de la miel que desde fecha inmemorial ha producido nuestro suelo: «Los gentiles canarios, o sea los primitivos habitantes tenían abundancia de miel de abejas silvestres, que en los riscos más eminentes y peligrosos melifican, y en los árboles más antiguos se criaba, y aún hasta hoy se cría mucha cantidad, de que tiene el Cabildo secular de esta afortunada isla cantidad de dineros porque la arrienda en voz de pregonero a quien da más por ella y la cera cada año.»

Y aparte de esta miel de abejas, que los antiguos observaron que «destilaba de las peñas y de los huecos de los árboles», había también en estas islas miel de mocán, que sus habitantes sabían hacer del fruto de un grande y hermoso árbol del mismo nombre.

Flavio Josefo, en su «Guerra judáica»—lib. II cap. 12.º,—refiere que los Esenios, que eran una secta de judíos austeros y contemplativos, entendían que el Paraíso se hallaba en unas islas de temperamento benigno, apacible, sin fríos, calores ni lluvias, sino bañadas constantemente por el aire suave del poniente que el Océano las prodigaba.

Esa noción parece tener un origen común con las que consignaron Homero, Hesíodo y en general todos los antiguos, y sin duda fué aquella una idea muy admitida entre los pueblos del Oriente. Los Esenios habitaron en gran número en Egipto—donde se les llamaba Terapeutas,—lo mismo que en otras varias regiones orientales; y es muy verosímil que su teodícea fuera igual o semejante a la de aquellos pueblos. También puede consultarse, acerca de este asunto, lo que dicen Filón de Biblos y Eusebio de Cesárea, hablando de la dicha secta de judíos.

Los mocanos o mocaneros, laureles, hayas, sabinas y otros árboles formaban aquí grandes, espesos y sombríos bosques, que se extendían hasta las mismas riberas del mar.

Nuestro autor Castillo nos habla en su Descripción de estas islas—que tendremos ocasión de citar diferentes veces—de otra clase de miel que los indígenas sabían sacar de la parte más tierna de las palmas. Las palmas o palmeras—dice—eran tan abundantes en la isla de Canaria, que formaban en ella dilatados bosques. De cada uno de estos árboles se podía extraer anualmente más de dos azumbres de miel, de manera que los antiguos habitantes, no solo la tenían en abundancia para su propio uso, sino que la negociaban con los extranjeros que aquí llegaban a traficar.

Es de advertir que no es Castillo el solo autor que menciona esta miel de palmas. Lo mismo dicen otros y en particular el P. Sosa que acabamos de citar.

Los bosques de palmeras, en todas estas islas, y sobre todo los de pino, brezos, hayas, laureles y multitud de otros árboles han sido celebrados desde la más remota antigüedad por todos los autores que se han ocupado de las Afortunadas.

Plutarco, en su «Vida de Sertorio», dice que las islas de los bienaventurados se hallan en el Océano Atlántico, a cosa de mil (1) estadios de la ribera de Africa: que en ellas llueve rara vez y que estas lluvias son suaves y benéficas: que solo se experimentaban allí brisas agradables, las que traen sobre sus alas un benigno rocío que fecundiza de tal modo la tierra, que por sí misma produce, sin necesidad de cultivo, toda clase de frutos exquisitos: que estos frutos son allí tan abundantes, que bastan para alimentar a un pueblo descansado, sin que se tome el menor trabajo, viviendo siempre en un feliz reposo. «El aire en ellas es puro y sereno y no ocasiona jamás enfermedad, a lo que contribuye su dulce temperatura; por manera que es opinión generalmente admitida, y creída como artículo de religión, aún entre los pueblos bárbaros y naciones remotas, que se hallan aquí los Campos Elíseos y mansión de los bienaventurados, cantada por Homero (C).»

Sería prolijo aducir aquí los nombres de todos los autores que han dejado establecido que las Canarias fueron las Afortunadas y Campos Elíseos de la antigüedad. Sin embargo hay algunos autores portugueses que se inclinan a tomar por tales a sus islas Azores, Madera y Puerto-Santo, y aún al archipiélago de Cabo Verde. No

(1) Los manuscritos de la obra de Plutarco difieren en lo respectivo a esta medida. Unos dicen «mil estadios», otros «dos mil o diez mil»; pero parece más verosímil lo primero.

La obra de Plutarco, como tantas otras que nos quedan de la antigüedad, ofrece no pocas variantes, según los distintos manuscritos. Nuestro historiador Viera y Clavijo, lee aquí «mil» estadios; Mr. Dacier traduce «dos mil»; y otros opinan que en lugar de dos mil debe entenderse diez mil. Esta cuestión no ofrece más interés sino el de fijar las islas de que se trata, esto es, saber si son las de Madera y Puerto-Santo, o son las Canarias.

También hay una variante, aunque leve, en el nombre de las mismas islas; pues Viera y otros leen «islas Afortunadas», mientras que Mr. Dacier tradujo «islas de los bienaventurados».

es extraño que les mueva a ello el amor patrio; pero su gran poeta Camoens dijo claramente en la 5.ª estancia del canto V de sus «Luciadas»:

«Passadas tendo ja as Canarias ilhas,
Que tiveram por nome Fortunadas,»

Sin embargo de ello, nosotros no vemos que sea imposible admitir en el número de las Afortunadas aquellas islas portuguesas, en razón a que casi no hubo isla del Océano y del Mediterráneo que no mereciese, en lo antiguo, dicho epíteto a uno o más de un poeta.

Nuestro erudito Arcediano don José Viera y Clavijo (1) termina sus noticias referentes a los Campos Elíseos, con estas o parecidas frases:

«Si bien no se encuentran en las Canarias los prodigios que la exageración de la antigüedad contaba de las Afortunadas, sin embargo, los frondosos bosques de laureles que había en ellas, según Virgilio; las cabras féculdas que producían arroyos de leche, sin temor de víboras, lobos ni otro animal feroz o ponzoñoso de que nos habla Horacio; las peñas que destilaban miel, el dulce canto de los pájaros, la fragancia de las flores y yerbas aromáticas, de que nos hablan Tibulo, Sidonio y Prudencio, no hay duda que todo eso se hallaba y halla aún en las Canarias, y que nuestro poeta Cairasco, supo, en el «Arco de la Fama», combinar la fábula con la verdad, cuando dice en los siguientes versos (2).

«Otras islas se ven, que blanco velo
Las ciñe en torno, menos elevadas:
Llamólas por su fértil cielo y suelo
La antigüedad, las islas Fortunadas;

(1) «Noticias de la historia general de las islas de Canaria», por don José de Viera y Clavijo, de la Real Academia de la Historia.—Madrid: imp. de Blas Román, 1772.

(2) Estos versos pertenecen a una traducción de la «Jerusalén libertada», de Torcuato Tasso.

Y tan amigo suyo estimó al Cielo,
Que, de su voluntad, no cultivadas,
Las tierras, entendió dar nobles frutos,
Y las incultas vides sus tributos.

«Siempre desea florecer la oliva,
Destilar de las peñas miel sabrosa,
Y con murmurio blando el agua viva
Bajar del alto monte presurosa;
Templar el aire la calor estiva
De suerte que a ninguno sea enojosa;
Y ellas, en fin, por tantos lauros, palmas,
Ser los Campos Elíseos de las almas.»

No hay duda que las palmeras y laureles son muy abundantes desde lo antiguo en estas islas, y aquí el poeta usó habilmente una frase de doble sentido. Lo de «menos elevadas» es con respecto a la isla de Tenerife, que domina todas las otras (1).

(1) Las relaciones de la antigüedad parecerán hoy, acaso, demasiado hiperbólicas al viajero que llegue a Canarias y espere encontrar en ellas un trasunto de lo que los antiguos dijeron. Pero debemos hacer constar que hay bastante diferencia entre el aspecto actual de este país, y el que tenía, no sólo en la antigüedad griega o romana, sino también en el siglo XV y en época de esta conquista. Los espesos bosques y selvas vírgenes que entonces le adornaban, han desaparecido casi en su totalidad, y de consiguiente las aguas han disminuido mucho y la vegetación no puede hoy ofrecer aquel verdor y lozanía que en otro tiempo formaba de este país un verdadero edén.

Hoy parece increíble que unos parajes tan desnudos de vegetación forestal como lo son, por ejemplo, las cercanías de la capital del archipiélago, estuvieron en otro tiempo poblados de árboles de monte; pero tenemos datos muy fehacientes que acreditan que el bosque de pinos y otros árboles liège, no ha dos o tres siglos, hasta el paraje en que hoy se halla situada la ermita de Nuestra Señora de Regla. Los montes o cordilleras más inmediatas a la misma ciudad de Santa Cruz, hacia la parte del

Prosiguiendo la revista de los nociones que se relacionan con nuestras islas, tomaremos de Viera los siguientes apuntes, referentes a los últimos siglos antes de nuestra Era, que hallamos en el § 13.º lib. 3.º de su citada obra:

«Entretanto se hacían al mar desde Cádiz y de los puertos de Lusitania muchos bajeles españoles—o ibéricos,—que corriendo este Océano, daban vuelta al Africa y penetraban en el mar Rojo. Plinio, sobre la fé de Celio Antípatro, historiador que floreció en el tiempo de la sedición de los Gracos, refiere que las embarcaciones que salían de los puertos de España llevaban por aquí su comercio hasta la Etiopía; y que Cayo César, hijo de Agripa, vió algunos fragmentos de estas naves en el golfo arábigo.

Nordeste, por áridas y escarpadas que hoy parezcan, estuvieron totalmente cubiertas de arboleda; y todavía se conservan sus troncos en aquellos parajes inaccesibles a donde el hacha del leñador no ha podido penetrar. Nosotros somos testigos presenciales de esta verdad. En la exploración que hicimos con algunos amigos, de unas cuevas reputadas inaccesibles y situadas en la misma ribera del mar, cercanas al llamado Valleseco, encontramos los carcomidos troncos de varios y grandes árboles de monte, cuyas raíces penetraban por las grietas o venas de terreno blando. Repetimos que en estos parajes llovía antiguamente con más frecuencia, había manantiales y se conservaba la vegetación mucho más que hoy, en que todos aquellos sitios escabrosos están eriales y destinados a pastos de ganados.

Hay todavía y muy cerca de Santa Cruz, un término que se llama «Pino de Oro», denominación que no sabemos a qué atribuir, sin embargo de que parece ser debida a algún pino secular que por allí había. Asimismo hay en el Fuerte de la Orotava otro paraje llamado «Cueva del Pino». Estos datos son curiosos porque demuestran que a pesar de ser los pinos unos árboles propios de parajes altos, aquí llegaban a la ribera del mar. Júzuese, pues, con cuanta más razón llegarían los demás árboles que con tanta abundancia brotaban—brotan aún—en nuestro

«El mismo Plinio, citando a Cornelio Nepote—historiador de toda fidelidad y aprecio—dice que en su edad hubo un tal Eudoxo, que huyendo de la tiranía de Ptolomeo Latiro, rey de Egipto, se embarcó en el golfo arábigo; y que habiendo dado vuelta al Africa y pasado por nuestras islas, aportó a Cádiz, después de haber encontrado en este viaje la proa de cierta nave naufraga, en la que se veía la figura de un caballo; cuya figura, reconocida en Cádiz, pareció ser la de una barca fenicia (1); declaración que tal vez harían con repugnancia, porque si creemos el testimonio de Estrabon (2); los Cartagineses de Cádiz daban muerte a los extranjeros que volvían del Océano, a fin de que dicha navegación no se divulgase.

«Posidonio, antiguo astrónomo de Alejandría, hace mención de diferentes viajes de este mismo Eudoxo por nuestro Océano Atlántico, cuyas circunstancias tuvo el referido Estrabon por fabulosas, bien que el abate Paris ha pretendido satisfacer a sus impugnaciones (3).

«Lucio Floro, en su compendio de «Historia Romana» (4), dice que Sertorio penetró con sus gentes hasta las islas Afortunadas, al tiempo de sus navegaciones por el Océano.

suelo y le cubrían con su espesura. Hasta hoy existen pinos, brezos, laureles, sauces y otros árboles producidos naturalmente en distintos parajes de las riberas de estas islas; y en la misma de Tenerife hay también los términos llamados «Pino del buen paso», en la costa cercana a Icod, y «Charco del pino»; en la de Granadilla, donde después se ha fundado el pueblo de Nuestra Señora del Pino, etc., etc.

(1) Plin., lib. II, cap. 67.

(2) Strab., lib. XVII.

(3) Tomo VII de la Academia de Inscripciones, año 1723. Disertación sobre las navegaciones de los antiguos alrededor del Africa.

(4) Lib. III, cap. 22.

«Juba (1), hijo de otro Juba rey de Mauritania, envió sus bajeles a la descubierta de las Afortunadas y demás regiones del Océano, cuya expedición aportó efectivamente a las Canarias y las examinó una por una, retornando con la relación de su número, nombres, situación, producciones, etc. El mismo Juba—cuya ciencia, dice Plinio, le adquirió más resplandor que la corona—compuso un libro sobre esta expedición, dedicado a Augusto, que se ha perdido con todo el resto de sus obras; de las que solo se encuentran algunos fragmentos en autores antiguos, especialmente en Plinio el naturalista (2), a quien somos deudores de la relación acerca de nuestras islas.

«En efecto, todos los cosmógrafos posteriores a Juba; cuando tenían ocasión de hablar de las Canarias, parece que no consultaban sino sus escritos. Estrabon, que escribía en el mismo tiempo de Augusto, dice que «las islas Afortunadas, tan celebradas por los poetas, son ya muy bastante conocidas; y no están muy distantes de los promontorios de Mauritania» (3). Mela, Ptolomeo y Solino tratan de las Canarias casi en el mismo estilo de Juba. Y aunque Plinio hace también memoria del viaje de un Estacio Seboso por nuestras islas, está claro que éste no las dió a conocer en Europa tanto como aquel príncipe (4).

«Este nuevo conocimiento aumentó a Roma su gloria y su poder ultramarino, siendo reputadas desde entonces las Canarias por una de las posesiones del Imperio.»

Pero agobiado progresivamente este Imperio por sus disensiones intestinas y por las invasiones de los pueblos del Norte, y destrozado al fin por estos mismos pueblos, fué perdiendo su dominio o señorío sobre el

(1) Infiérese del testimonio de Estrabon y de Tácito que este príncipe murió por los años 776 de Roma.

(2) Plin., lib. II, cap. 67—Solino, cap. último.

(3) Strab., lib. III.

(4) Plin., lib. VI, cap. 31.

mar y las regiones africanas; y las Canarias o Afortunadas se fueron olvidando hasta el punto de quedar más tarde, a poco más o menos, tan envueltas en fábulas como lo estuvieron en los tiempos de Hesiodo y de Homero.

Ahora bien, si de esas nociones generales pasamos a las particulares acerca de los primitivos habitantes del archipiélago Canario, tenemos que comenzar por inferencias e indicios problemáticos, como sucede generalmente acerca de los primeros habitantes de otro país cualquiera.

Salustio y Plutarco, es verdad que aseveran que el célebre Quinto Sertorio proyectó colonizar con sus gentes en nuestro archipiélago; pero no hay autoridad suficiente que acredite que tal expedición se llevó a cabo. Lucio Floro, es verdad que indica que aquellos aventureros penetraron hasta las Afortunadas, pero ni ese solo testimonio puede darnos una gran certeza, ni es tampoco seguro que las Afortunadas de que allí se habla sean las Canarias y no las islas de Madera y Puerto-Santo.

E igual carácter de ambigüedad o incertidumbre tienen las demás noticias acerca de los primeros pobladores de nuestro archipiélago; razón por la cual creemos lo más prudente no hacer caudal de tales hipótesis, y atenernos solamente a algunos datos que, si no absolutamente exactos, son al menos verosímiles y más o menos probables.

No obstante, como mero recuerdo o memoria de una antigua tradición, citaremos lo que dice el P. Espinosa en su descripción o noticia acerca de nuestras islas (1).

«Otros autores dicen que persiguiendo los romanos a Sertorio, y navegando éste con gente africana y de otros países para evitar ser alcanzados por aquellos tuvieron noticias de las dichas islas; y después de muerto Sertorio, por no caer en manos de sus enemigos, se dis-

(1) Lib. I. cap. 4.º de su obra titulada «Origen y milagros de N. S. de Candelaria».

pusieron para venir a buscar estas islas y así de ellos se entiende haberse poblado.»

Esa noticia no carece de verosimilitud, por cuanto es sabido que en aquella época el poder romano era aún tal, que puede decirse hiperbólicamente que ni aún debajo de la tierra estaba seguro el hombre a quien los romanos se revolvían a perseguir. Pero hubiera sido de desear que el P. Espinosa—cuya obra se publicó en el año 1594—indicara las fuentes de donde tomó esa noticia.

Los señores Webb y Berthelot dicen en la Introducción de su «Etnografía de Canarias»: (1)

«Por mucho que nos remontemos en nuestras investigaciones, la relación de los enviados del rey Juba es el único documento algún tanto exacto que encontramos acerca de las islas Afortunadas. Ya hemos examinado, bajo el punto de vista geográfico, ese viaje de exploración, de que Plinio nos ha transmitido un fragmento (2); pero el naturalista romano no hace mención de habitantes, sino de ruinas de edificios. Estas construcciones procedían probablemente de algún establecimiento pasajero, quizá debido a los cartagineses, cuando después de haber franqueado el estrecho de Gades, costearon el África para colonizar la costa occidental. En la larga navegación de Hannon, las islas adyacentes no debieron quedar desconocidas, las Purpurinas sobre todo—hoy llamadas Lanzarote y Fuerteventura—situadas a tan corta distancia del Continente (3). Las grandes Afortunadas, que les son vecinas, llamaron sin duda la atención del jefe de la expedición cartaginesa.

«Por lo demás, esta hipótesis de la frecuentación del

(1) Esa obra es una sección de la Historia natural de las islas Canarias, que comenzaron a publicar en París, y en idioma francés, los citados Sres. por los años 1840.

(2) Plinio, lib. VI, cap. 32.

(3) Desde Lanzarote y Fuerteventura se divisa el continente africano, y recíprocamente.

archipiélago Canario por los cartagineses, o al menos, por los habitantes de sus colonias atlánticas, parece confirmada por un hecho digno de atención, y es aquel pequeño templo de piedra que los exploradores mauritanos vieron aún en la isla llamada Junonia, nombre derivado de la divinidad protectora de Cartago. Ninguna habitación descubrieron en la isla que Plinio designa bajo el nombre de Ombrios y que hemos probado ser la llamada hoy La Palma (1); más ¿el interior del país se hallaba igualmente desierto, y las otras islas no les ofrecieron más que ruinas como la Gran Canaria? ¿Las poblaciones del litoral se refugiaron en las montañas al acercarse la flota mauritana? ¿Qué consecuencia sacaremos del silencio del historiador? Tales son las cuestiones que se presentan naturalmente a la imaginación al leer el pasaje de Plinio. Si no ha hecho mención de habitantes, nada prueba, sin embargo, que no existiesen; y además las pocas líneas que hasta nosotros han llegado, no reasumen todo el libro del príncipe Númda (2); y debe considerarse este pasaje como fragmento de una relación más extensa.

«Es cierto que este argumento no bastaría para resolver la cuestión de un modo afirmativo; pero otras inducciones nos impelen a creer que en aquella época las islas del archipiélago Canario habían ya recibido colonos, y que aún algunas de ellas estaban habitadas.

«¿No puede pensarse con alguna certeza que en tiempo del poder de Tiro y de Cartago, la parte del archipiélago más cercana al Africa haya servido de escala de arribada o de estación comercial a las expediciones de

(1) Disertación sobre la corografía de las antiguas Afortunadas, leída en la asamblea general de la Sociedad de Geografía de París, en el año 1836.

(2) De todas las obras de este príncipe—rey que fué de Mauritania—solo se conservan algunos fragmentos de sus «Comentarios sobre la Libia». Véase Plinio, lib. VI: y Vossio, *hist. graec.*, II, 4.

los puertos vecinos al estrecho de Gades, y que la colonización de las islas Afortunadas haya principiado con estas primeras empresas? Si creemos a Diodoro (1), convenía a los intereses de estas ambiciosas naciones dejar ignorar los beneficios que sacaban de sus establecimientos lejanos, a fin de asegurar el monopolio. Posteriormente, cuando el poder de Cartago fué anonadado, cuando los romanos extendieron su dominación hasta las columnas de Hércules, y se posesionaron de los puertos de la Bética, los conquistadores del mundo no se resolvieron a ir más lejos; sus trirremos no se atrevieron a surcar estos senderos desconocidos que las galeras cartaginesas habían explorado. A la verdad, la seductora relación de los navegantes lusitanos hizo desear a Sertorio el ir a concluir sus días en estos felices climas; mas las vicisitudes de la guerra y la parte que tomó en las disensiones políticas que agitaban la República no le dejaron tiempo para ejecutar su proyecto (2); y veinte años después, cuando Estacio Seboso quiso dar a conocer estas islas olvidadas, cuyo bello nombre había atravesado los siglos, no habló sino sobre noticias vagas (3). Esta ignorancia explicaría en cierto modo el estado de abandono en que los enviados de Juba encontraron esos establecimientos, fundados probablemente en época muy anterior, y la soledad que entonces reinaba, al menos en la apariencia, sobre las desiertas playas, pero bajo el imperio de Augusto, el príncipe africano que sabía apreciar la feliz situación de estas islas, que había hecho explorar, no tardó sin duda en esparcir sobre el archipiélago los nuevos gérmenes de la colonización que había limitado primeramente a las Purpurinas (4). Quizá eu

(1) Diod., lib. V, cap. 16.

(2) Plutarco: «in Sertor».—Salust. «Hist fragm.»

(3) Stat. Sebos. cap. Plin.—Gosselin: «Recherches sur la geog.»

(4) Plinio nos dice que Juba había fundado en estas islas establecimientos para el tinte de púrpura: «Nec Mauritanioe insularum certior fama est. Paucas modo constat esse ex adverbo

el curso de nuestras indagaciones encontremos pruebas bastante evidentes para confirmar varias conjeturas que no nos atrevemos a emitir aún, sobre las inmigraciones que nos parece haberse renovado en diferentes épocas.»

Cualquiera que sea la exactitud de estas apreciaciones de los distinguidos naturalistas indicados, es lo cierto que en Canarias han aparecido monedas romanas de oro, plata y cobre. Y en particular se halló una de oro en la isla de Gran Canaria, acuñada en tiempo del dictador Silá (1). Acaso hayan aparecido también algunas cartaginesas, o fenicias; pero seguramente son mucho más raras que las romanas.

Y aquí debemos hacer una observación referente, en general, a todos los autores antiguos que han tratado acerca de las Canarias. Casi todos estos autores difieren más o menos en sus aserciones y noticias sobre las Afortunadas o Atlánticas; sobre su número, sus nombres, su situación, etc. Sin embargo, esta divergencia no debe atribuirse tanto a invención ó fábula elucubrada intencionalmente, cuanto a la verdadera ignorancia en que por los tiempos antiguos se estaba acerca de la geografía y de la historia. Las noticias históricas y geográficas que se poseían eran harto inciertas, ambiguas y aún fabulosas, para que los autores más sensatos y bien intencionados pudieran hallarse entre sí de acuerdo. Así no debemos extrañar que sus nociones difieran más o menos entre sí, aún girando sobre un punto determi-

Autalolum, a Juba repertas, in quibus Getulicam purpuram tingere instituares.— Lib. VI cap. 36.— La situación de las islas Lanzarote y Fuerteventura, casi enfrente del país que habitaban los Getules Autaloles, confirma la opinión de Denville—«Geog. ant. abrev»—y de Gosselin, que han considerado igualmente estas dos islas como las antiguas Purpurinas. La relación de los enviados de Juba, las coloca al oriente de las grandes Afortunadas, y el itinerario de los exploradores debe contarse desde la salida de estas islas.

(1) Según informe de un testigo presencial de este hallazgo.

nado y que parece no debiera dar ocasión a tan diversas opiniones. Esto, por lo demás, no es solo ni peculiar de las islas Canarias, sino que se observa generalmente en las antiguas nociones acerca de todos y cada uno de los países del Globo. Debemos, pues, llamar la atención del lector acerca de esa circunstancia, a fin de que ni extrañe las divergencias que haya observado en lo que hasta ahora hemos dicho ni las que puedan resaltar de lo que nos queda que decir.

Que las islas Canarias se conocieron antiguamente por el nombre de Afortunadas, es un punto acerca del cual no cabe abrigar ningún género de duda. Además de los diversos datos que hemos aducido ya y que lo demuestran claramente, consignaremos que Estrabon dice que ya en su tiempo «las islas Afortunadas, tan celebradas por los poetas, eran bastante conocidas, y no se hallaban muy distantes de los promontorios de Mauritania»; designación que no cabe aplicarse a las islas Azores ni a las de Cabo-Verde.

El erudito Samuel Bochart dice que los fenicios conocieron las Canarias con el nombre de Alizuth (1), voz que los griegos adaptaron a su lengua, convirtiéndola en Elisius, sin alterar su significado. En uno y otro idioma aquella voz quiere decir «alegría» y también «paraíso». Al menos así lo dice Viera al transmitir aquella noción de Bochart.

También es de notar que lo que dice Plutarco—y queda ya consignado en su sitio respectivo—acerca de lo general que era entre varias naciones la idea de que estaban aquí los campos venturosos, parece confirmado por nuestros modernos autores: pues lo mismo Viera y Clavijo que los señores Webl y Perthelot, aseguran que estas islas han sido y son llamadas Felices o Venturosas por los árabes y en general por los pueblos del continente africano.

(1) Debe ser Elizuth o Eliza: pues ya sabemos que los fenicios las llamaban islas de Elisa.

En cuanto al origen de su población, ya hemos dicho que aquí, como en todos los demás países, hay que comenzar por inferencias y aducir algunas noticias de veracidad muy dudosa. Nuestro don Alonso Tostado afirma (1) con la autoridad de muchos poetas, que el rey Hespero pobló las islas Afortunadas, que son las mismas Hespérides, según Pomponio Mela. El P. Román (2) manifiesta que Hispalo IX, rey de España, tuvo armada y halló las islas de Canaria, de lo que se puede inferir que las hiciera poblar o dejar en ellas alguna gente. Pomponio Mela y Florián de Ocampo se inclinan a creer que las gentes de Hannon llegaron a las Afortunadas. Lucio Floro, Francisco de Cepeda (3) y otros autores opinan que las gentes de Sertorio aportaron a las mismas islas. Hornio dice que, vencido cerca de la Mauritania el rey Anteón, huyeron a las Canarias sus naves, donde se conservan algunas voces del idioma del continente. Andrés Thebet dice, en su «Cosmografía», que existe en Africa la tradición de que un rey hizo el descubrimiento de estas islas y las hizo poblar o colonizar.

Nuestro autor Viera consigna que según el testimonio del orador Aristides, los romanos mantenían un activo comercio con todos los países que baña el Atlántico, bajo los imperios de Antonino y de Marco Aurelio. Es verosímil que si no hubo por entonces en Canarias una verdadera colonización, no dejarían de establecerse en ellas algunas gentes de aquellos equipajes. Ya hemos dicho que aquí han aparecido en diferentes tiempos diversas monedas romanas. Y aún tenemos otros datos de la llegada a las mismas islas de algunas expediciones romanas, o sea de los pueblos que entonces reconocían el señorío de Roma.

Horacio deplora en sus versos que la audacia de los marinos de su tiempo llegue al punto de hacerles pene-

(1) El Abulense en lib. Euseb. de Temp.—lib. III, cap. 79—.

(2) Rep. Gót.—part. 2.^a, lib. VIII, cap. 11.^o—.

(3) Resum. hist. de Esp.—lib. I, cap. 10.^o—.

trar en las regiones que el sol abrasa con sus rayos, lo mismo que en aquellas otras que el perpetuo invierno aflige con sus nieves. Dionisio o Denis de Halicarnaso, refiere que en su tiempo los romanos penetraban, fuera del estrecho de las Columnas, hasta todos aquellos parajes en que el Océano era navegable.

Plinio escribe—lib. VI cap. 31, 32, 36 y 37—que Estacio Seboso hizo la denominación de las Afortunadas y marcó las distancias de las mismas entre sí, etc. Junonia se halla a 750.000 pasos de Gades. Pluvialia y Capraria están a igual distancia de Junonia, hacia el Occidente: en la isla Pluvialia no hay más agua que la llovediza. A 250.000 (1) pasos están otras Afortunadas, hacia el Sud-oeste de la Mauritania: una de ellas se llama Convallis a causa de su convexidad o concavidad (2) y otra Planaria por su apariencia: el contorno de Convallis será de 300.000 pasos. La altura de los árboles aquí llega hasta 114 pies.»

«Juba adquirió las siguientes noticias de las Fortunas: están situadas bajo el Mediodía, hacia Occidente, a 625.000 pasos de las Purpurarias, navegando 250.000 hacia Oeste, y luego 375.000 pasos al Este. La primera se llama Ombrios y no ofrece señales de edificios; pero tiene un estanque o laguna en sus montes y árboles a manera de férulas, de los cuales se extrae un licor, amargo de los negros, y agradable al gusto de los más claros de color. Otra isla se llama Junonia, en la cual hay una casilla u oratorio fabricado de piedra. Próxima a ésta se encuentra otro menor, del mismo nombre. Después se halla Capraria, llena de lagartos de gran tamaño. A la vista de las dichas queda Nivaria, que recibió este nombre por su perpétua nieve, y es una isla nebulosa. Próxima a la dicha está Canaria, llamada así por una mul-

(1) En estas distancias hay grandes errores, ora debidos a los copistas, ora procedente del original, y más probablemente debidos a ambas causas.

(2) Ambos sentidos tienen la voz latina «convexitas».

titud de canes o perros que tiene, de enorme tamaño, de los cuales se le llevaron dos a Juba: en esta isla se encuentran vestigios de edificios. En todas ellas hay multitud de frutas y abundan en toda clase de aves; y ésta última abunda también en palmeras de dátiles y en piñas de pino. Hay aquí gran copia de miel. Encuéntrase cierto papiro, y peces siluros criados en las aguas corrientes.»

Saumaise y el P. Hardouin creyeron que los copistas escribieron «cavarian», que significa capraria, por «savrarian» que quiere decir lagartaria.

La isla Pluvialia no es otra que la de Ombrios, según todos opinan, por ser igual el significado de ambas voces —latina y griega.

En lo que dice Plinio de la Nivaria—que también ha solido llamarse Ninguria o Ninguaria (1)—se comete un error disculpable, pues que en Tenerife no aparece, por lo regular, la nieve sino tan sólo en lo alto del Teide y durante tres o cuatro meses de invierno. Y decimos «disculpable», porque sabemos que los viajeros, antiguos y modernos, acostumbran juzgar de todo por la primera impresión que reciben, o lo que es lo mismo, creer eterno lo que sólo es del momento en que lo ven. Así se explica que dijeran que Nivaria se llamó así por su perpetua nieve.

Esta isla, a pesar de lo distinguida que era y es entre todas por su famoso Pico, no podía hacer extensivo su nombre a las demás, por la sencilla razón de que no se ve jamás nieve en éstas, ni puede haberla en tales latitudes, salvo en algún monte muy elevado. En cambio, cuando el Atlante fué el prodigio del Océano, es verosímil que a este monte debieran las islas su epíteto de Atlánticas.

La isla Planaria parece no haber sido otra que la de Fuerteventura; al menos, a esta sola de ellas es a la que

(1) Palabras, todas, que traen la misma etimología; pues en latín «ninguis» también significa «nieve».

pueda hoy aplicarse razonablemente aquel nombre. Esto no obsta para que los antiguos la llamasen también Junonia, Capraria, etc.; porque nosotros tenemos por muy cierto que los autores antiguos tuvieron una idea confusa de todas las islas oceánicas, y que unos mismos nombres fueron aplicados por ellos a unas islas y por otros a otras. Por ello es que no nos embarazamos con el trabajo ímprobo de procurar reconocer actualmente el nombre antiguo que llevó cada cual.

En cuanto a las islas Purpurarias (D), los autores opinan de diverso modo; pues unos las toman por las mismas Fortunadas, es decir, por una parte de las Canarias, mientras que otros se inclinan a creer que son las islas de Madera y Puerto Santo, también llamadas Fortunadas antiguamente.

Nosotros creemos que en los tiempos de Plinio se confundía aún mucho la Geografía, y se suponía en el Oceano mayor número de islas del que contenía. Y esto es obvio de explicar. Cada navegante daba una noticia o relación, y estas relaciones no guardaban—ni podían guardar, atendido el atraso general de conocimientos—verdadero acuerdo entre sí. De ahí que los compiladores o enciclopedistas—como lo fué Plinio—tuviesen que errar (E) y suponer, por lo regular, mayor número de islas en el Atlántico del que había realmente; pues las diferencias en las relaciones hacía parecer distintas ciertas islas que en realidad eran unas mismas.

Además, si la materia colorante (F) se traía—como lo creemos—tanto de las Canarias como del pequeño grupo de la Madera, resultaba también que se tomaba en algunos casos a las unas por las otras. Los antiguos, para quienes los descubrimientos de islas en el Oceano era—como suele decirse—un verdadero acontecimiento, se complacían en ponderar la importancia de este hallazgo; y así hicieron de las cuatro o cinco islas e islotes que forman el pequeño archipiélago de la Madera, un grupo importante de purpurarias, hespérides o fortunadas, y aún las dos o tres isletas llamadas hoy Selvajes —o Selvajes—

es verosímil que les fuesen conocidas, que las calificasen también del mismo modo y dedicaran o consagraran a tal o cual divinidad. Además, preciso es convenir en que las dimensiones de todos esos islotes debieron ser algo mayores en la antigüedad; pues por regla general, la mar va siempre gastando y disolviendo el terreno, en todos aquellos parajes que combate con sus olas, efecto sumamente activo en ciertos parajes, donde el terreno es blando o deleznable.

También las isletas inmediatas a Lanzarote debieron ser algo mayores en la antigüedad, y llamar la atención de algunos navegantes, para quienes todo en el Océano era nuevo, interesante o curioso. Para nosotros es sumamente verosímil que la isla Convallis no fué otra que la actual Alegranza (1), si bien hay que convenir en que los que transmitieron las noticias a Plinio, o éste, o sus copistas o todos juntos, embrollaron de tal modo las noticias, que el tratar hoy de reconocer las islas por las señas que aquéllos nos dejaron, es respecto a diversas de ellas, lo mismo que buscar las costas de Andalucía por las señas de las de Malaca.

Según la relación de Plinio, la isla de Canaria se llamó así por los canes o perros que en ella había; pero ni es seguro que hubiese allí tales perros (2), ni tampoco que la isla no tuviese ya este nombre desde antes que los exploradores enviados por Juba penetrasen en ella.

Otros creen—y entre ellos nuestro don Isidoro Anti-

(1) La cual ofrece una concavidad o cráter notable, que se extiende a casi toda ella, en su parte alta.

(2) Los autores Bontier y Le Verrier, en su «Historia del descubrimiento y conquista de Canarias», escrita desde el año 1402, dicen que en Canaria había unos perros semejantes a lobos, pero pequeños. Tal vez los enviados de Juba, o los que nos han transmitido su relación, hicieran aquella semejanza extensiva al tamaño.

Nuestro autor Francisco López de Gomara, dice en su «Historia de las Indias», que a la fecha de la conquista de Canaria no había en esta isla perro alguno.

lón, en su «Geografía física y política de España y Portugal»—que estas islas tomaron aquella denominación de un cabo de Africa, fronterizo, que se llamaba por los antiguos «la última Canaria».

Finalmente, muchos se inclinan a creer que el consabido nombre dimana de unos arbustos abundantísimos en estas islas—sobre todo en sus riberas y costas—que se llaman en el país «cardones». Estos arbustos tienen una gran semejanza con las «cañas»—en latín «cannee»—y por ello suponen que los navegantes de idioma latino las impusieron este nombre. Este parecer, que resalta a primera vista de la simple inspección de las costas y riberas marítimas de las Canarias, se halla confirmado por un dato que nos trasmite Viera en estos términos. «Tomás Nichols—en su Descripción de estas islas, hecha en el año 1526, e inserta en las «Navegaciones inglesas» de Hackluyt y Purchas—creyó que dicho nombre de Canarias se había originado de una especie de cañas; y se expresa así: «Muchas veces oí decir a los habitantes y naturales, que se llamó Canaria la isla por ciertas cañas de cuatro faces que crecen con abundancia en estas islas, y de las cuales brota como una leche, que es veneno tan peligroso, que algunas personas se atosigarón con ella al principio de la conquista» (1). Esta especie de cañas de que aquí se habla, es sin duda la de aquellos arbustos que llamamos «cardones».

Nosotros, acerca de esas tres etimologías que acabamos de mencionar y que son sin duda las más aceptables, no nos pronunciamos por ninguna, ni creemos que sea fácil hoy decidir con acierto esta cuestión. Aduciremos también algunos otros datos, que conducen a explicar la precitada etimología y el origen de los pueblos canarios.

Don Pedro Agustín del Castillo, alférez mayor de la misma isla, dice en su obra titulada «Descripción histórica y geográfica de las islas de Canaria» que entre

(1) Hackluyt—part. II, tom. 2.º.

el monte Atlas de Mauritania y el río Níger o Senegal, se hallan, según escribe Plinio, algunos otros montes habitados por ciertas gentes que se llaman «canarios». Lo mismo dice el P. Abreu Galindo en su conocida obra (1); solo que coloca los dichos pueblos en las faldas del monte Atlas; y añade que pudiera ser que hubiesen venido a poblar a Canarias. Y luego añade:

«También hay en esta isla de Canarias gran copia de matas espinosas, que echan unas fruticas coloradas que en latín se llaman «uva canina»; y de esta abundancia que acaso vió y descubrió—el que hizo la relación de Juba—la pudo imponer el nombre. Otra yerba hay también en la isla y en gran abundancia, cuya planta se llama en latín «canaria», que es a manera de trigo, cuando está en berza pequeño, que en Castilla se llama triguero, la cual comen los perros para purgarse; y por la grande abundancia que hay en la isla de esta yerba, etcétera.

El célebre geógrafo Tolomeo—lib. IV, cap. 6.º—solo hace mención de seis islas, en este archipiélago; y las llama Aprosito, Hera, Pluitana, Casperia, Canaria y Pintuaría. Como este autor escribió en idioma griego, y tal vez tuvo a la vista otras obras del mismo idioma, dijo Hera en vez de Junonia, siendo igual el significado de ambas voces—pues la diosa Juno se llamó Hera en algunos dialectos griegos—. El mismo Tolomeo llama en otro lugar «Heras nesos»—islas Junonias—a dos de las Canarias.

Lucio Marineo Sículo, nombra ocho Afortunadas o Atlánticas, que son Ombrión o Pluivialia, las dos Junonias, Nivaria, Canaria, Planaria, Capraria y Aprosito.

El Calepino, en la voz «Fortunatoe», cuenta siete islas, que llama Canaria, Casperia, Centuria, Theode, Nivaria, Pluitalia y Capraria.

(1) «Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria»—impresa en Santa Cruz de Tenerife, en 1848—. Esta obra fué escrita por los años 1630.

La Kalenda o martirologio romano, en la vida de San Maclovio—que se pretende haber venido a predicar el Cristianismo a nuestras islas (1)—menciona seis Afortunadas, que son Aprosito, Junonis, Pluitula, Casperia, Canaria y Pintuaría. Esta última isla parece haber sido la actual Tenerife—aunque no sabemos con certeza a que causa atribuir aquel nombre;—porque se observa bastante generalmente en las nomenclaturas antiguas de estas islas que donde falta el de Nivaria, se halla Pintuaría, y viceversa (G).

Concluyamos la reseña de las tradiciones de pueblos que pasaron a Canarias, tradiciones que, a la verdad, parecen casi todas fabulosas.

El P. Alonso de Espinosa, en su obra impresa en Sevilla (2) en 1594 y reimpressa en Santa Cruz de Tenerife en 1848; dice que según un autor—que no nombra—estas islas fueron en tiempo antiguo tierra contigua al continente africano, como lo fué Sicilia con Italia; y que después por curso de tiempos con tempestades y diluvios se dividieron y apartaron, y así la gente que en ellas quedó se estuvo cada cual en su isla, etc. Que los naturales guanches viejos dicen que tienen noticia, de memorable tiempo, que vinieron a esta isla de Tenerife sesenta personas, más no saben de donde, y se juntaron e hicieron su habitación junto a Icod, que es un lugar de esta isla. Que otros dicen que descienden de ciertos pueblos de África que se levantaron contra los romanos y mataron al Pretor o Juez que tenían; y que en castigo del hecho, por no matarlos a todos, les cortaron las lenguas para que no pudiesen tramar otro levantamiento y les abandonaron en ciertas barcas a las aguas del mar, etc.

El P. Abreu Galindo, en su obra ya citada, dice lo mismo; esto es, que «teniendo Roma sujeta la provincia de Africa, y puesto en ella sus legados y presidios, se

(1) En la época del emperador romano Justiniano.

(2) Titúlase Del origen y milagros de N. S. de Candelaria, y descripción de la isla de Tenerife.

rebelaron los africanos y mataron a los legados y presidios de gente que estaban en la provincia de Mauritania. Sabida la noticia de la rebelión y muerte de los legados y presidios de Roma, pretendiendo el Senado romano vengar y castigar el delito e injuria cometida, enviaron contra los delincuentes grande y poderoso ejército, y tornáronla a sujetar y reducir a la obediencia; y porque el delito cometido no quedase sin castigo, y para escarmiento de los venideros tomaron a todos los que habían sido caudillos de la rebelión, y cortáronles las cabezas, y otros crueles castigos, y a los demás que no se les hallaba culpa más que de haber seguido el movimiento, por no ser destruidos y extirpar en todo aquella generación, y que no quedase descendiente donde sus parientes habían padecido, y no fuesen por ventura causa de otro motín, les cortaron las lenguas, porque do quiera que aportasen no supiesen referir ni jactarse que en algún tiempo fueron contra el pueblo romano. Y así cortadas las lenguas, hombres, mujeres e hijos, les metieron en navíos con algún proveimiento, y pasándoles a estas islas, los dejaron en ellas con algunas cabras y ovejas para su sustentación.»

Sin embargo, Abreu Galindo no da a esta noticia más ascenso que le da Espinosa; pero ambos opinan, por el estudio y conocimiento que tenían de los naturales guanches y de sus descendientes, que era gente, en su mayoría, de procedencia africana.

Don Juan Núñez de la Peña nos trasmite esta otra noción (1): «Los que escriben que españoles poblaron estas islas, dicen que cuando en la Vandalía Bética el antiguo rey Abis reinaba, estuvieron los cielos cerrados sin destilar sus nubes una gota de agua por espacio de

(1) «Conquista y antigüedad de las islas de Gran Canaria», por el Licenciado D. Juan Núñez de la Peña y Solís, cronista general de los reinos de Castilla y de León—según Viera en su catálogo de autores canarios— La obra de Peña se imprimió en Madrid en 1676, y reimprimió en Santa Cruz de Tenerife en 1847.

varios años, y que con la notoria perdición de España, sus habitadores la despoblaban: que unos se iban a Italia, otros a Francia, y otros a diferentes tierras; y que un navío de los que de ella salían con gente a buscar remedio, con un recio temporal y tormenta, arribó a las islas Fortunadas y aportó en una de ellas. Que la gente salió a tierra, y agradándoles su buen temperamento y fertilidad, determinó quedarse y hacer en ella habitación, y así lo hicieron.» No especifica Peña en este lugar la fuente o fuentes de donde tomara esa noticia; pero no lo hace por que en toda su obra guarda el mismo sistema, esto es, que pone juntos los nombres de todos los autores y—títulos de sus obras—de que se ha servido, y omite hacerlo en cada lugar en particular. Por lo demás, existen varias tradiciones o noticias de haber penetrado los vándalos hasta las Canarias, en el tiempo en que fueron señores del Noroeste del Africa, noticias que han dado por ciertas algunos autores modernos. Sin embargo, ese rey Abis, o Hahis (1) de que habla Peña parece haber sido muy anterior a la llegada de los vándalos al Africa, y aún a España; por lo cual creemos que la noticia de Peña no debe confundirse con las otras indicadas tradiciones.

Por otra parte, en Canarias no existe indicio ni vestigio alguno de que los vándalos hayan venido en ningún tiempo a colonizar en ellas.

Algunos de nuestros modernos autores han querido formar juicio de la antigüedad de población en estas islas, por el gran número de momias halladas aquí en las cuevas sepulcrales. Para ello parten del supuesto de que tan solo los reyes y personas de la familia real eran aquí embalsamados; pero ese supuesto es falso, en razón a que

(1) El P. Juan de Mariana—en su Hist. de Esp. lib. I, cap. 13—le llama Abides, y hace mención de los años consecutivos de sequedad que experimentó España, en aquel tiempo. Esas noticias serán fabulosas, no lo negamos; pero ¿cuáles otras no son fabulosas entre todas aquellas que se refieren a una época tan remota?

consta por muchos y muy buenos datos que aquí se embalsamaba a todo aquel cuya familia no rehusaba pagar la corta retribución que llevaban por ello los embalsamadores.

También han querido, los mismos autores atribuir este o el otro origen a los guanches (1), sobre el mismo dato del embalsamamiento, llegando algunos a suponer que, como solo entre los egipcios se tiene noticia indubitante de que existía aquella práctica, parece asimismo indubitante, que los egipcios vinieron a poblar a Canarias, en mayor o menor número, y en una época bastante remota.

Nosotros no negamos que en tiempos de sus antiguas expediciones por el Océano, como indicamos en su lugar, pudieran haber llegado a estas islas algunas gentes de aquella nación; pero no podemos menos de hacer observar que también otros varios pueblos antiguos, del viejo y del nuevo continente, tuvieron la costumbre de embalsamar sus cadáveres como consta de una multitud de datos esparcidos en diferentes obras y aún reunidos en aquellas que tratan en particular del embalsamamiento.

(1) Es sabido que, aunque los guanches fueron propiamente los antiguos habitantes de la isla de Tenerife, antes de su conquista, sin embargo háse convenido generalmente en hacer extensivo dicho nombre a todos los habitantes de las siete islas, antes de la referida época.

VII

Después de leído todo lo que hasta aquí hemos anotado con relación a la historia antigua de nuestras islas, es consiguiente preguntar ¿no ha quedado en ellas signo, inscripción o letrero, monumento o indicio alguno de aquellas diversas gentes, de que se tiene idea o sospecha que poblaron en las Afortunadas?

No hay noticias de que tuvieran literatura alguna los antiguos habitantes de estas islas; pero, sin embargo de ello, han aparecido aquí algunos signos esculpidos en las rocas, que se cree generalmente que son verdaderas inscripciones, y se atribuyen a ciertos navegantes que sólo hicieron aquí una corta residencia, o bien, no lograron perpetuar en las mismas islas ninguna clase de escritura.

Si las Canarias estuvieron en algún tiempo desiertas de gente, pudo acontecer que a ellas arribaran algunos navegantes que sólo las habitaron por poco tiempo, o bien, que llegando a ellas a causa de naufragio, no dejaran aquí sucesión. También pudiera ser que los primeros que llegaron a poblarlas no conociesen el arte de la escritura, cualquiera que fuese—por lo demás—la nación o naciones de donde procedían. La escritura, antigua-

mente, se hallaba muy poco generalizada, y por ejemplo en Egipto apenas sabían escribir otros hombres que los sacerdotes. De la misma reunión de pueblos diversos que formó la gran nación romana, bien pudiera haber llegado aquí y colonizado algunas gentes, sin que hubiera entre éstas nadie o casi nadie que supiera escribir (1).

En las Canarias han aparecido seguramente diferentes monedas romanas, de oro, plata y cobre; y acaso también se hayan hallado aquí otras fenicias o cartaginesas, etc.; pero éstas—si las ha habido—han sido, sin duda, muy poco numerosas.

Así, pues, no es la falta de literatura un dato que pueda indicarnos cual fuera o no fuera el origen de los guanches. Más bien es el estudio de su idioma, o sea, de aquellas palabras del mismo que han llegado hasta nosotros, lo que puede darnos alguna luz en esta materia. Los Sres. Webb y Berthelot—en su obra ya citada—han hecho en el asunto largas investigaciones, de las que resulta ser el idioma de la antigua Getulia, o sea, del actual Marruecos Occidental, el más análogo al que hablaron los antiguos canarios. Pero, lo repetimos, es sumamente verosímil que aquí colonizaron en diferentes tiempos, gentes de diversas procedencias, algunas de las cuales también es verosímil que abandonaran después las mismas islas, dejando o no dejando en ellas sucesión

(1) No queremos hablar de los vándalos y otros pueblos—relativamente modernos—que se pretende penetraron hasta las Canarias; pues entre ellos era raro que supiesen escribir los mismos reyes.

Los autores franceses Bontier y Le Verrier—en su conocida obra sobre Canarias—llama «sarracenos» a los reyezuelos de las islas de Lanzrote y Fuerteventura; pero en aquel tiempo se decía sarracenos a los habitantes de Africa, casi como sinónimo de africanos. Es mas: por Africa entonces no se entendía propiamente sino una corta porción de dicho continente—la que hoy se llama Túnez, etc.—en la cual estaba situada la famosa ciudad llamada Africa, cercana a las ruinas de Cartago.

y algunas otras huellas de su permanencia. La isla del Hierro, sobre todas, ha ofrecido y ofrece unos letreros o inscripciones curiosas, grabadas en las rocas; pero su interpretación es hoy tan oscura, que nadie ha podido aún dar una explicación satisfactoria de su tenor, a pesar de haberse enviado copias a distintos centros científicos de Europa.

Acaso dichas inscripciones no sean más que conatos de escritura de algunos antiguos insulares, que se propusieran inventar el arte de representar por medio de signos las ideas, sin tener verdadero conocimiento de otra escritura alguna.

El mismo Mr. Berthelot que hemos citado, en su obra «Antigüedades Canarias» habla extensamente de esos letreros de la isla del Hierro. Asimismo el doctor don Gregorio Chil y Naranjo nos da alguna luz sobre el mismo asunto, en el importante trabajo que publicó en la ciudad de Las Palmas, de Gran Canaria, bajo el título de «Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias».

Excepción hecha de las dichas inscripciones, no hay monumento considerable que nos dé luz sobre el origen de los guanches y época o épocas en que poblaron estas islas. Es verdad que han sido señaladas algunas construcciones o edificios rudimentarios, de que todavía se ven los restos en Canarias, como una prueba de la antigüedad del pueblo que en ellas habitara, y hasta se ha llegado a suponer que aquellas construcciones pudieran ser debidas a los celtas y algunos otros pueblos de la antigüedad; fundándose para ello en cierta analogía que se nota entre las mismas y las de los citados habitantes primitivos (1) del continente europeo. Pero estas inducciones nos parecen demasiado aventuradas. Las construcciones de los pueblos primitivos tienen casi siempre mu-

(1) Llamamos primitivos a los pueblos antiguos cuyo origen se ignoran, aunque no sean verdaderos aborígenes o autóctonos del país que se sabe ocuparon.

cha semejanza entre sí, sin que esto sea debido a una positiva comunidad de origen, o sea, a un notorio parentesco o afinidad de razas. La infancia del arte en los pueblos, lo mismo que en los individuos, es muy parecida al arte de la infancia; y un pueblo que comienza a edificar, muchos siglos después que otro, se asemeja casi siempre al que le precedió, en sus primeras obras.

La infancia del arte produce, por todas partes, unas mismas obras u obras muy semejantes entre sí; y ya sabemos que el pueblo guanche, o sea el canario antiguo, tuvo que permanecer muchos años en una forzosa infancia, con respecto a las artes en general, por carecer de plomo, hierro, cobre y demás metales, que sabemos muy bien que el país no producía entonces ni produce en el día.

Nosotros no vemos en las inscripciones del Hierro —que a lo más probarán el establecimiento, en aquella isla, de algunos antiguos aventureros,—ni en los restos de edificios que se conservan de los antiguos habitantes de este archipiélago, ni en los demás objetos de su uso y de su industria en general, una prueba ni siquiera un indicio claro de su procedencia ni de la época o épocas en que vinieran a poblar a las Canarias, si es que de ellas no fueron autóctonos. Tan solo las palabras que aún se conservan de sus dialectos (1) es lo que consideramos como un dato apreciable para inferir o sospechar cual pudiera ser su origen, que indudablemente tiene mucha analogía con el de los actuales habitantes del Africa occidental. Aún en el supuesto de que los cartagineses dejasen antiguamente algunas colonias en las islas Elisias y Purpurarias, estas colonias debieron ser en su mayor parte de procedencia africana o líbica; y el mismo Hannon dice en su relación—como hemos visto—que

(1) Son muchas las voces del idioma o dialecto de los antiguos habitantes de las Afortunadas, que se conocen y han llegado hasta nosotros, a pesar de ser el idioma castellano el único que aquí se habla desde pocos años después de terminada la conquista.

salió de Cartago con el objeto de explorar las regiones de Occidente y establecer en ellas colonias «libio-fenicias».

Nos inspira cierta lástima ver como algunos autores apuran su erudición y su ingenio en pos de descubrir el origen de los pueblos sobre ciertos indicios vagos, más propios acaso para desorientar o extraviar el raciocinio, que para hacerle hallar el hilo de los conocimientos históricos apetecidos. Después de emplear algunos años en estudio tan oscuro, y en torturarse la imaginación, acaban por presentar una serie de elucubraciones inadmisibles, muy parecidas a las de los antiguos cabalistas, a esos absurdos de algunos antiguos autores orientales, que veían «misterio» en el número de letras de una palabra, en la forma de esas mismas letras, etc.

¿Qué noción histórica de verdadera importancia puede deducirse del estudio de las letras y signos y grabados caprichosos que aparecen aquí en algunas rocas: de la observación de los objetos de cerámica: de las armas ofensivas y defensivas: de la manera de construir las habitaciones: de los adornos, vestiduras, etc.? Creemos que ninguna, y que sobre la nulidad ínsita de tales estudios, refluje el error en que incurren casi todos nuestros anticuarios, y que consiste en tomar por productos de la industria de los guanches una multitud de objetos que no fueron sino importación de los extranjeros que aquí llegaban a comerciar o arribaban por efecto de temporales o naufragios.

En efecto, nuestros investigadores de orígenes no paran mientes en que en diversos tiempos, y desde muchos siglos antes de la conquista de este archipiélago, llegaban a él con cierta frecuencia las embarcaciones extranjeras: y que aquí comerciaban y dejaban muchos de sus artículos y utensilios, enseñando también a los naturales a trabajar en diversas obras. Hasta en los datos escritos se hallan las noticias de la llegada y permanencia aquí, en distintas ocasiones, de varios europeos que por naufragio u otra causa se vieron en el caso de vivir algunos años entre los isleños y les enseñaron a cultivar la tierra,

construir casas, etc. Añádase a esto los trabajos que por imitación harían los mismos insulares, en vista de los que entre ellos quedaban de los extranjeros, añádase a esto que en aquellos tiempos—y aún en nuestros días—hay hombres que viven errantes, o en parajes solitarios, donde nada ven y nada saben de la civilización y cultura, y que estos hombres construían, labraban y pulimentaban—y aún construyen, labran y pulimentan—la piedra, la madera, el barro, etc., de una manera exactamente igual a aquella con que pudieran hacerlo los primitivos habitantes de nuestro globo... y se comprenderá que la mayor parte de las inferencias que de esos diferentes objetos de la industria humana sacan los arqueólogos acerca de la antigüedad, origen, afinidad, desafinidad, etc., de los antiguos pueblos, no pasan de ser otros tantos partos de imaginaciones ociosas, extraviadas y a veces no poco pedantes.

Los semi-sabios abusan atrozmente de las expresiones de «época de la piedra tajada», de la «pulimentada», etc.; y donde quiera que ven una astilla de pedernal adherida a un palo (1) creen haber hecho un estupendo descubrimiento, que proclaman por el mundo, y suelen regalar después tales objetos a los museos como prueba irrecusable de la antigüedad de población en tal o cual país.

Concluimos, pues, manifestando nuestra sincera y humilde opinión de que es imposible saber hoy desde qué época data la población de las islas Canarias, y cuales fueron los diversos pueblos o gentes que a ellas vinieron a poblar, y en qué épocas tuvieron lugar las distintas inmigraciones de colonos, aventureros o navegantes que parece verosímil llegaron a estas islas desde muy antiguo y se establecieron y procrearon en ellas. Y no es solo con respecto a las islas Canarias que abrigamos ese modo de pensar. Es nuestra opinión general respecto a todos

(1) Estas astillas, o mejor dicho rajadas de piedra adheridas a maderos, que algunos suponen antediluvianas suelen ser obra de los hijos de nuestros cabreros y pastores.

o casi todos los países del mundo; y pocos escritos nos parecen tan efímeros como los que se hacen con la pretensión de demostrar tales o cuales colonizaciones anteriores a los tiempos históricos del país en que se supone tuvieron lugar.

Otra singular idea han acogido algunos de nuestros autores, cual es la de que el pueblo guanche se extinguió total o casi totalmente, pocos años después de la conquista de este archipiélago. El pueblo guanche perdió, sí, su nacionalidad antigua al ser agregado a la nación de sus conquistadores, pero lejos de extinguirse, se multiplicó, después de confundido e identificado con los europeos. En particular, los franceses bautizaron y trataron humanamente a los insulares de las islas de Lanzarote y Fuerteventura, que se sometieron a sus leyes y gobierno; y cuando esas dos islas pasaron al dominio de los españoles (1), éstos les conservaron sus libertades, y sólo redujeron a esclavitud a algunos indígenas que se hicieron culpables de ciertos delitos. En la Gomera casi puede decirse que toda la población era de indígenas, bautizados o sin bautizar; pero con motivo de la muerte que dieron a su señor—el conde Don Fernán Peraza—, y algunas otras sublevaciones, fueron cautivados algunos centenares de ellos y extraídos de la isla, si bien la mayor parte de los mismos fué puesta en libertad algún tiempo después. En Canaria no sólo se respetó a la población vencida, sino que una buena parte de ésta secundó a los españoles en la conquista de la Palma y Tenerife, y aún en la de las Américas. En cuanto a Tenerife, que fué la última conquistada de nuestras siete islas, sus habitantes auxiliaron también a los españoles en América y en diferentes en-

(1) El barón francés que emprendió la conquista de las dichas islas, se declaró súbdito del rey de Castilla, y pidió auxilios a este monarca para poder terminar su empresa.

tradas en Berbería (1). Llamábase entonces «guanches» a los naturales de esta última isla solamente, pero mas tarde se ha hecho ese nombre extensivo a los pueblos antiguos de todas las siete. Los guanches de Tenerife, no sólo adoptaron la religión, idioma, usos y costumbres de los españoles; no sólo les secundaron en sus empresas sobre el Africa y las Américas, sino que en Tenerife mismo obtuvieron considerables datas o repartimientos de tierras y aguas, sin haber sido en ella conquistadores, sino conquistados (1). Uno de los más distinguidos oficiales que sirvieron en Canaria y Tenerife, el capitán Gonzalo García del Castillo, se enlazó con la infanta Dacila, hija del mencey de Taoro; y muchos otros principales conquistadores contrajeron asimismo matrimonio con indígenas de estas islas, que siempre tuvieron la reputación de honestas y de hermosas.

Repetimos, pues, que el pueblo guanche se mezcló y confundió enteramente con el europeo que vino a conquistarle, adoptando aquél los hábitos de éste, su religión, costumbres, idioma, nombres y hasta apellidos, y que muy lejos de extinguirse, formó desde luego una parte muy considerable de la población cristiana de este archipiélago, enlazándose progresivamente con los españoles hasta formar absolutamente un solo pueblo.

(1) Berbería puede decirse que fué la tumba de los más esforzados indígenas de las Canarias en aquel tiempo. Allí murieron el famoso D. Pedro Maninidra y otros varios nobles indígenas de Gran Canaria, así como también Don Pedro de Adeje, hijo del mencey de Adeje, y otros hidalgos de Tenerife.

VIII

Aunque es verosímil que los romanos, los cartagineses, los fenicios y otros pueblos antiguos que frecuentaron este mar Atlántico, trazaron de algún modo la posición y forma de las islas que en él encontraron (1), también es obvio comprender que tales datos no podían llegar hasta nosotros, y que, si no se perdieron enteramente servirían cuando más para que otros navegantes posteriores formasen a su vez nuevos planos o cartas de marear.

En la Edad Media, los navegantes iberos o españoles así como los italianos y los franceses, tuvieron sin duda diversas cartas e indicaciones geográficas de los países que baña el Océano, pero no nos proponemos hacer reseña

(1) Los mapas o cartas geográficas son más antiguas de lo que vulgarmente se cree. Conocida es la tradición homérica de Ulises, que recibió de Eolo una carta de marear delineada en una piel de carnero; así como también se sabe sin mezcla alguna de fábula, que Demócades el crotoniense tuvo comisión de Darío Histaspes para levantar los planos de todo el litoral de Grecia. Según Eliano y Aristófanos, los mapa-mundi eran comunes en tiempo de Sócrates, y varios otros autores nos hablan de las cartas de marear de los fenicios, tirios, cartagineses, etc.

Independientemente a la multitud de mapas, más o menos im-

de esos trabajos puramente geográficos, razón por la cual sólo mencionaremos el conocido atlas catalán, que unos creen haber sido delineado en 1375, mientras que otros no le hacen anterior a 1413. Fundan estos últimos su aserto en la circunstancia de que en dicho atlas aparece una carta enteramente igual a la que hasta hace pocos años se conservaba en el archivo de la Cartuja de Val de Cristo, en cuya carta aparece una inscripción que dice así: «Mecia de Viladestes me fecit, anno MCCCCXIII.» Pero ¿puede asegurarse que este Viladestes no copiara su carta del citado atlas, o de otro ejemplar del mismo documento geográfico que delineó en 1413?

Nosotros creemos que el atlas catalán no fué otra cosa que una reproducción de diferentes mapas de fecha anterior, si bien el autor o autores pudieron haber añadido algo a lo que aquellos mapas contenían.

De cualquier modo, es lo cierto que la citada carta ocupa el tercer lugar en el atlas y que en ella está dibujada la embarcación de Jacobo Ferrer a inmediaciones de las islas Canarias, acompañada de dos leyendas cuya traducción es la siguiente: «salió la nao de Jacobo Ferrer para navegar al Río del Oro el día de San Lorenzo que es a 10 de agosto, y fué en el año de 1346.» Hasta ahí la primera de dichas inscripciones.

perfectos, levantados por los mismos navegantes, toda persona erudita sabe que diversos autores de la antigüedad se ocuparon del mismo trabajo. Anaximandro de Mileto, Pitágoras, Aristóteles, Eratóstenes, Euclides, Arquímedes, Aristarco, Hiparco, Posidonio, etc. dieron a conocer gran parte de la Tierra por medio de diferentes cartas planas y aún esféricas; y no sólo adelantaron esos conocimientos geográficos, sino que también demostraron que la Tierra es esférica, que gira en torno del Sol, como los demás planetas, etc.

Y es curioso advertir que varios de esos filósofos fueron perseguidos a causa de estas últimas ideas, como contrarias a la antigua teodicea; lo cual prueba que en todos tiempos el fanatismo ha entorpecido un tanto los progresos científicos.

En la segunda se encuentran consignadas algunas nociones escritas por Plinio y por San Isidoro de Sevilla (1): «Las islas Bienaventuradas se hallan en la mar grandé, hacia la mano izquierda, en los términos de Occidente, pero no muy adentro de la mar. Isidoro dice en su libro XV que estas islas se llaman Bienaventuradas porque están llenas de todos bienes, trigos, frutas, yerbas y árboles; y creen los paganos que aquí se halla el paraíso, por la templanza del sol—o suelo— y la abundancia de la tierra.

«Item—dice Isidoro—que los árboles crecen aquí todos hasta ciento cuarenta pies, por lo menos, cargados de frutas y llenos de una multitud de pájaros. Hay aquí copia de miel y leche, sobre todo en la isla de Capria, que es llamada así por la muchedumbre de las cabras que hay en ella.

«Item a ésta sigue la isla de Canaria, llamada Canaria por la multitud de los canes que en ella están muy grandes y fuertes.

«Dice Plinio, maestro de mapa-mundi—geografía—que en las islas Fortunadas hay una isla donde se producen todos los bienes del mundo sin necesidad de sembrarles y sin plantarles brotan espontáneamente frutas de todas clases. En las alturas de los montes los árboles no carecen jamás de follaje ni de frutas, con grandísima fragancia; esto sirve de alimento una parte del año, y después se siegan las mieses como si fuera yerba. Por esta razón entienden los paganos de las Indias que sus almas, después que ellos son fallecidos, se van a las mismas islas, y viven allí eternamente del olor de aque-

(1) Este autor dice: La expresión de islas fortunadas significa que estas islas son abundantes en todos bienes, como si dijéramos felices y bienaventuradas por su fecundación en toda clase de producciones o frutos, etc.; por lo cual y por la fertilidad del suelo los versos seculares de los poetas gentiles las presentan como el verdadero Paraíso.—Orig. lib. XIV.—

llos frutos, y sitúan en este lugar su Paraíso; pero a la verdad, eso no pasa de ser una fábula.»

Las cartas geográficas de las Afortunadas o Canarias eran bastante conocidas en los siglos XIV y XV. Los autores franceses Bontier y le Verrier (1) escribían de ellas en el año 1402, con relación al mapa o mapas que tenían a la vista, según en su obra manifiestan. Los mismos autores nos dan alguna idea de la etimología, de varios de los nombres que actualmente llevan estas islas, y de ello nos vamos a ocupar, si bien no nos embarazaremos con la oscura cuestión de la correspondencia de los nombres antiguos con los modernos. El tratar de esclarecer ese punto es perderse en un verdadero laberinto, porque ni aún los antiguos autores tenían entre sí—ni podían tener—completo acuerdo, acerca de éste, lo mismo que otros muchos detalles geográficos. Tan sólo las dos islas de Canaria y Ténerife son las que—como antes hemos indicado—son fáciles de reconocer por sus nombres antiguos.

Lanzarote, que es la primera que se encuentra viniendo de España, debe este nombre a un hidalgo francés o genovés que en ella hizo construir un castillo, desde varios años antes de la conquista. Sobre esta etimología, y la del nombre de la isla inmediata, que es Fuerteventura, nos referimos en un todo a la obra ya citada del Sr. García Ramos, nuestro finado padre. Sólo añadiremos a lo dicho allí sobre la etimología de Lanzarote, que nuestro autor Núñez de la Peña, en su conocida obra sobre Canarias, manifiesta asimismo que al caballero Lancelot o Lanzarote de Maloisei debe aquella isla su nombre.

De la isla Gómera nada sabemos o podemos decir con verdadera probabilidad, acerca de la etimología de su nombre, que ya trae desde muy atrás.

De la del Hierro, que los citados autores franceses y

(1) «Histoire de la premiere decouverte et conquiste des Canaries» Paris, 1630, chez Jean de Henqueville.—Esta obra ha sido posteriormente traducida y publicada en idioma castellano.

otros llamaban en 1402 «ile de Fer», parece poder afirmarse que por su aspecto y la aspereza de sus costas, que pasaban por inabordables o poco menos, se la llamó así. A este parecer se adhieren varios de nuestros autores; pero nosotros debemos observar que acaso los franceses y españoles la llamaron así por ver escrito en los mapas geográficos Hera, o Here, como nombró Tolomeo a una o dos de estas islas, opinión que nos parece más verosímil cuando reflexionamos que aquel autor andaba por ese tiempo en manos de casi todos los navegantes. Es probable que los españoles alterasen y acomodasen a su idioma aquella voz diciendo Hierro, y a su vez los franceses, al tomar de las cartas españolas los nombres de las islas, tradujesen la misma palabra.

La isla de la Palma, que los indicados autores franceses llaman indistintamente Palmes o Palmé, parece muy verosímil que debiera este nombre a las palmas o sea palmeras que ofreciera en sus costas, o en particular, en algunos de sus puertos.

Tenerife fué llamada Tonerfis, y también isla del Infierno, y es la antigua Nivaria como todo el mundo sabe. Lo de isla del Infierno también es sabido que trae su origen de un periodo de tiempo en la Edad Media, en que casi siempre ofrecía a los navegantes el espectáculo de una serie de erupciones volcánicas, acompañadas naturalmente de ruidos o detonaciones y terremotos (1). Los citados autores franceses la llaman Toner-

(1) Por la misma razón se llamó también por los marinos de la Edad Media isla del Fuego a una de las Azores, más conocida por el nombre de isla de San Jorge. Es curioso lo que se dice de dicha isla en la relación impresa del viaje al estrecho de Magallanes, por Sarmiento, en 1579. «Al pasar por la isla de San Jorge, vieron mucho fuego, y luego supieron que habían reventado en ella hasta siete bocas de fuego, de las que corrieron hacia el mar varios arroyos de materia inflamada; y que se oían claramente salir de dicha isla voces de demonios y otras cosas de espanto.» Por supuesto que los navegantes no se atrevieron entonces a abordar a ella, y advierte la relación que se informaron

fis, voz cuya etimología no se sabe claramente si atribuirle al idioma francés—como un equivalente de *Tonnerreit*—o al de los guanchés, o sea indígenas de este archipiélago. Nosotros nos inclinamos a creer que sea debida al idioma de los guanches; porque, además de varios de nuestros historiadores dejaron consignado que los indígenas de la Palma llamaban a aquella isla «*Tener Ife*—esto es, monte blanco o nevado—, sabemos perfectamente que los diversos dialectos que se hablaban en estas siete islas eran entre sí muy semejantes. Para nosotros es sumamente verosímil que la voz «*tonerfis*» significaba también «*monte nevado*» o «*monte blanco*» entre los antiguos habitantes de Canaria, Gomera, etc.

Concluimos aquí estos apuntes, porque nos parece superfluo reproducir cosa alguna de los otros detalles etnográficos sobre las Canarias que escribieron casi todos nuestros autores y en particular los últimos o más modernos. Después de las obras que aquí hemos citado, se han publicado algunas otras, que nada añaden de importante a las nociones relativas a la parte antigua de la historia de este archipiélago, es decir, a aquella sección de las noticias proto-históricas que exclusivamente hemos reproducido aquí.

Aún estas mismas noticias que copiábamos pueden verse consignadas en varias obras referentes a las Canarias, y no puede ser de otro modo, porque la historia no se inventa, pero hemos creído que no es del todo inútil el coleccionar lo que se halla diseminado en trabajos distintos, siquiera consigamos tan sólo el agrégár un corto número de datos casi olvidados, u olvidados enteramente, a los que generalmente se conciben y forman los materiales para el edificio de la historia de las islas Canarias.

de aquel fenómeno en la isla Tercera, etc. Las Azores fueron más trabajadas por los volcanes, en los tiempos históricos, que lo fueron las islas Canarias, en las que solo consta por relaciones haberse visto erupciones volcánicas en Tenerife, la Palma y Lanzarote, si bien en estas dos últimas ha sido con una gran rareza.

NOTAS

Nota (A) a la página 24

Aunque según el testimonio de casi todos los antiguos autores que han hablado del Jardín de las Hespérides, éste era tan sólo una pradera en la que pacían rebaños de ovejas, cuya lana era de gran valor—y se llamó áurea o dorada por ser efectivamente doradas sus hebras, vistas a través de los rayos del sol—sin embargo aquel jardín, si es que en algún tiempo existió, pudo haber consistido principalmente en naranjos.

Otros dicen que la causa de llamarse «de oro» las ovejas fué por el gran valor que entonces tenía la lana, atendido a que era desconocida a una multitud de pueblos, que sólo tenían lino para abrigarse. Indudablemente, el descubrimiento de la lana para dichos pueblos fué una verdadera conquista; y de ahí el que tan ventajosamente se calificara a las ovejas; y de ahí también la fama de la expedición de los Argonautas a la conquista del «vellecino de oro».

Considerado aquel jardín como un bosque de naranjos, las Canarias parece que tienen que ceder el dicho

jardín o pensil a la isla Eritia—hoy isla de León—o a cierta porción del continente de la Bética o del Africa fronteriza; puesto que en Canarias no consta que a la fecha de su conquista existiera en ellas naranjo alguno.

Sin embargo, entre la multitud de hojas fósiles, o mejor dicho, impresiones de las mismas, que se han encontrado y encuentran aquí en el terreno calcáreo—particularmente donde llaman la Rambla, en Tenerife—, aparecen muchas que se cree pertenecieron a naranjos, olivos, vides, etc. Nosotros hemos examinado una multitud de estas hojas—y aún hemos enviado varios ejemplares de ellas al Museo de Ciencias naturales de Madrid—pero no nos resolvemos a afirmar, ni negar, que pertenecieron a aquellos frutales. Hemos reconocido, sí, las de los laureles, hayas y otros árboles de monte, así como también de cañaverales y aún de palmas; pero aunque reconocemos en muchas una gran analogía con las del naranjo, no es tal que podamos afirmar decisivamente que lo sean. También es verdad que hay que tener en cuenta los siglos transcurridos desde que vivieron aquellos árboles y por consiguiente la alteración que puede haber experimentado cada género o especie de los mismos.

Nota (B) a la página 42

El Taso, en su «Jerusalén libertada», canto XV, reproduce aquella descripción de Horacio. Véanse aquí sus frases, tales como aparecen en el paraje aludido:

... ..
... ..
Ed eran queste l'isole felice,
Cosi le nominó la prisca etate;
A cui tanto stimaba i cieli amici,
Che crédea, volontarie, e non arate,
Qui partorir la terre, e in piú graditi
Frutti, nou culte germogliar le viti.

Qui non fallici mai fiorir gli olivi.
E'll miel disea stillar dall'elci cave:
E scender gio da lor montagne i rivi
Con acque dolci e mormorio soave:
E zefiri e rugiadi i raggi estivi
Temprarvi si, che nullo ardor v'e grave.
E qui gli Elisi Campi ele famose
Stanze delle beate anime pose.

Ya hemos dicho algo de la fertilidad del suelo y templanza del clima de las islas de los bienaventurados. Todavía hoy conservan esas ventajas, si bien la casi completa destrucción de sus selvas vírgenes ha ocasionado, naturalmente, alguna escasez en las lluvias y de consiguiente en los arroyos y fuentes. Los bosques cubrían antiguamente muchas leguas de tierra, que hoy están dedicadas a pastos y a diferentes cultivos; y aunque todavía se ven aquí árboles seculares cuyos troncos difícilmente pueden abarcar seis hombres, sin embargo, apenas nos dan una idea de lo que fué la vegetación aquí en otros tiempos.

No se creería, si no se hallase confirmado por el testimonio de casi todos nuestros autores, que diferentes templos y ermitas de Canarias fueron techadas cada cual con la madera de un solo árbol; y que la altura de los mismos árboles era tal, que, según la expresión de los antiguos que los vieron y dejaron escritas algunas memorias, «no alcanzaba desde su pie hasta su cima una saeta o pasador de ballesta disparado.»

También, copiamos en otro lugar la imitación de estos versos del Tasso, hecha por el canónigo de Canaria y distinguido poeta D. Bartolomé Cairasco de Figueroa.

Nota (C) a la página 44

Plutarco no habla sino de dos Afortunadas o Atlánticas, sin duda porque de esas dos solamente fué de las que tuvo clara noticia. Es bien obvio entender que no

todos los navegantes descubrían el archipiélago entero. Generalmente sólo veían las dos islas de Lanzarote y Fuerteventura, que son las más inmediatas al continente africano, y las que en nuestra opinión se llamaron Elisias o Junonias primitivamente; y era que aquellos primitivos navegantes no se alejaban mucho de la costa occidental del Africa, y así sólo podían divisar dos de las Afortunadas (1).

Plutarco las indica bien claramente; están separadas entre sí—dice—por un corto brazo de mar, óstarán cosa de mil estadios del continente africano. Si es que debe leerse en este pasaje de Plutarco «mil estadios», aún hoy pueden hacerse sin inconveniente las mismas indicaciones, para designar las dos islas precitadas. Ellas están aún más próximas al dicho continente, que lo están al resto de las Canarias. En aquellos remotos tiempos, en que la navegación era tan tímida, escasa y difícil, unos aventureros descubrían y hallaban tan solo de dos islas—y de ellas a su vez se ocupaban los geógrafos y demás auteros—mientras que otros navegantes veían mayor número, y aún solían contar los islotes próximos a Lanzarote, en el número de las islas. ¿Y cómo puede eso llamar la atención cuando en todos tiempos, y hasta en el pasado siglo, y aún en el siglo actual, se cuenta diferente número de islas en el Archipiélago Canario, según los autores que de él se han ocupado?

En los tiempos antiguos, en que ni la brújula, ni los anteojos, ni planos geográficos, ni siquiera experiencia se tenía en la navegación de estos mares, todo en éllo era oscuro, misterioso o problemático. Así cada de ex-

(1) Aún desde estas mismas dos islas no se pueden distinguir las restantes, a poco que se oscurezca el horizonte con una simple neblina o calina. Y con tiempo perfectamente claro, apenas se alcanza a ver desde ellas la extremidad de algunos montes de Canaria, y la del mismo Teide, quedando oculto el resto del archipiélago.

traño tiene que se cometieran diversos errores geográficos; y a mayor motivo era natural que se cometiera lo que no es error, es decir, el reconocer unos navegantes mayor o menor número de islas que otros. Y luego las relaciones truncadas y más o menos erróneas de los navegantes, eran alteradas de nuevo por los que las transmitían o transcribían; y de alteración en alteración han llegado hasta hoy, como sucede con todos los demás escritos que tenemos de la antigüedad.

Por poco que se nuble el horizonte, ya no se distinguen unas islas desde otras; y basta una simple neblina para producir el mismo efecto. Evidentemente, las antiguas embarcaciones, que apenas se apartaban del litoral continental, no siempre descubrían más que las dos islas orientales del archipiélago, y sobre ellas es verosímil que girase la mayor parte de las relaciones que hasta los tiempos de Plutarco circulaban acerca de las Fortunadas.

A la fama general de que ellas fueron los Campos Elíseos, contribuyó sin duda en gran manera la dulzura o suavidad de su clima, y sobre todo la distancia que las separaba de las regiones entonces conocidas. Lo incógnito siempre ha sido ponderado y necesario era esa circunstancia para que pudiera acreditarse la idea de que en tal país residían las almas de los justos. Y no era solo las almas las que se creía que habitaban en aquél, sí que también los cuerpos; los héroes pasaban —según varios autores— en cuerpo y alma a los Campos Elíseos, sin experimentar de ningún modo el trance de la muerte. Ya se comprende que tenía que ser bien desconocido un país para que pudiera decirse y creerse que en él habitaban ciertos personajes, cuyos descendientes no dejarían de hacer lo posible por pasar a visitarles.

El mérito del clima de Canarias consiste principalmente en que, siendo ellas por su latitud templadas en invierno, no son calientes en verano, a causa de las continuas brisas y frescura que les prodiga el Océano.

En esto son todavía como las cantaron los poetas antiguos. Y además, las relaciones de éstos no ofrecen exageración en algunos otros detalles, cual es la salubridad del clima, etc.

Excepción hecha de las alturas del monte Teide y algunas de sus faldas, en Canarias puede decirse que no cae nieve ni se hiela el agua en ningún paraje, aun en lo más crudo del invierno.

Nota (D) a la página 59

Varias son las opiniones sobre las islas Purpurarias, también llamadas Purpurinas; pero es la más admitida la de que fueron las mismas llamadas Elisias primitivamente. Se comprendé que nada tiene de particular que unas mismas islas fuesen designadas con dos o más denominaciones, reflexionando que hasta hoy sucede lo mismo respecto de una multitud de países, islas, etc. En aquellos tiempos antiguos, en que los conocimientos —geográficos y otros—eran tan reducidos y confusos, se hablaba de diferente modo de éste, como de cualquier otro país. La tinta roja o purpúrea parece se extraía de diferentes sustancias y particularmente de la yerba o líquen que hoy llamamos «orchilla»; y no eran solas las Canarias las islas del Océano que la producían y producen, si bien parece que aquí ha sido siempre más abundante.

Nota (E) a la página 59

Para que se vea hasta qué punto eran confusas y erróneas las ciencias naturales en los tiempos de Plinio, y cómo eran entre sí divergentes sus noticias, y cómo se exageraba y aún mentía por los viajeros, aduciremos aquí algunas frases de aquel autor, que tomamos al azar de varios de sus libros:

Libro VII, capítulo 2.: «Los hombres llamados Arismapos, que quedan cerca de los que habitan hacia

el Septentrion, no lejos del nacimiento o cueva del Cierzo, tienen un solo ojo en la frente y residen junto a las mians del oro, en donde combaten con grifos que son unas fieras del género de las aves, según comunmente se dice. Cuando estas gentes sacan el oro de las minas, los grifos lo defienden y arrebatan a algunos arismapos. Muchos autores afirman esto; pero los más ilustres son Herodoto y Aristeas Proconesio. Más arriba de los Escitas antropófagos, en un valle del monte Imao, hay una comarca llamada Abarimon, en la cual hay hombres salvajes que tienen los pies vueltos al revés, a pesar de lo cual son velocísimos en correr, y no pueden vivir mudando de clima o de lugar, razón por la cual no se les puede llevar a los reinos inmediatos ni se los pudieron traer a Alejandro el Grande, como lo escribe Beton que es el autor de sus viajes... Isígono Nicense escribe que en Albania nacen gentes que tienen los ojos casi verdes, y en la infancia son canos y ven mejor de noche que de día... En Africa, las gentes de Psilio, a quienes, como dice Agatársides, dió nombre Psilio rey, tienen en sí mortal veneno para las serpientes y sólo con su olor las mataban. Y así éstos a los hijos que les nacían los ponían delante de las serpientes más venenosas, para probar si eran sus mujeres castas; porque si las serpientes no huían, aquellos no eran hijos súyos, sino de forasteros... También en Italia aún queda algo de las gentes de Marso, que vienen de un hijo de Circe, y tienen naturalmente la misma virtud, pues basta que escupan sobre una serpiente para hacerla huir, y si las escupen dentro de la boca luego mueren aquellos reptiles.» etc.

Lib. VIII, cap. 1.º «Hay autores que escriben que en los bosques de la Mauritania existe una multitud de elefantes que por los novilunios bajan a un río llamado Amilo, en el que purificándose solemnemente, se rocián entre sí con agua, y así, tributando su homenaje al «planeta», se vuelven a sus moradas llevando por delante a los pequeñuelos que van cansados. Creese tam-

bién qué tienen sentimiento de la religión de los hombres, porque cuando se les excita a pasar el mar, no entran en la embarcación mientras que el capitán de ésta no les presta solemne juramento de que les volverá a su país.» etc.

Ocioso es seguir reproduciendo aquí tales noticias; y sólo advertiremos que se puede decir que la mitad de la Historia Natural de Plinio, se halla redactada en ese tenor. Por lo demás, está muy lejos de nosotros la idea de rebajar en lo más mínimo el mérito de Plinio, relativamente a su época. El que haya leído las obras de otros naturalistas posteriores disculpará fácilmente al célebre enciclopedista latino. Increíble parece que aun en los tiempos modernos se hayan escrito las noticias de hombres rabudos y otras análogas, que pueden verse en las obras de viajeros tales como Struys, de Monconys, Paul Lucas, etc. Con la particularidad de que ni aún a los orangutanes—género o especie la más aproximada al hombre—han podido referirse; puesto que esos animales no tienen cola.

Nota (F) a la página 59

La tintura roja que servía para la elaboración de la púrpura de los antiguos, es sumamente verosímil que se extrajese de diferentes sustancias, y que de consiguiente hubiese entre los antiguos—como hay entre los modernos— diferentes calidades de púrpura. Casi todas las relaciones sobre Canarias escritas durante la Edad Media, hablan del comercio que aquí se hacía de materias colorantes, con la particularidad de que se refieren casi siempre al color rojo. Es constante, según las mismas relaciones, que el dicho color se extraía de diferentes sustancias tintóreas, entre ellas, variedad de cortezas de vegetales y probablemente también del musgo o líquen llamado orchilla. Pero más tarde, el uso de la cochinilla y de la variedad de maderas tintóreas traídas de América, ha hecho abandonar las antiguas tintas de Canarias y de Gétulia, olvidándose—casi—las materias

de que se extraían. Al menos, hoy no se sabe de cierto (1) cuáles eran los árboles cuyas cortezas eran tan buscadas aquí por los antiguos; y acaso el secreto de sacar de ellas tinta purpúrea se haya perdido.

Pero desde antes de descubrirse las Américas, y por consiguiente desde antes del conocimiento de la cochinilla—propiamente dicha—y de las maderas colorantes que produce el Nuevo Continente, se tenía noticia del kermes, que es otro insecto que se asemeja mucho al antedicho y produce una tinta purpúrea que no cede en belleza y parece que aventaja en duración a la de la cochinilla. Diversas especies de kermes fueron conocidas de los antiguos, y esta fué, sin duda, una de las principales sustancias de que se sacaba la púrpura.

No debemos pasar en silencio un curioso molusco que hay en las riberas de Canarias, el cual parece que no es otra cosa que una bolsa llena de tinta purpúrea. Carece de concha y tendrá próximamente 16 a 18 centímetros de largo por 6 o 7 de ancho. Si fué, como es de suponer, conocido también de los antiguos, no es inverosímil que le buscasen con mucho más empeño que a los moluscos univalvos del género púrpura, de cuya hiel—que a la verdad es muy poca cosa—se dice que se extraía la precitada tinta.

Nota (G) a la página 63

En la bula del Papa Clementé VI, expedida en la ciudad de Aviñón a quince de noviembre de 1344, lo mismo que en el Consistorio celebrado por el dicho Santo Padre y sus Cardenales, erigiendo las islas Canarias en principado a favor del infante don Luis de la Cerda, se denominan estas islas del modo siguiente: Ca-

(1) Sábese, sí, que hay aquí muchas cortezas de árboles que producen tinta roja—y aún hasta hoy algunos labriegos las suelen aplicar a ese uso;—pero no consta claramente cuáles eran los vegetales que los antiguos preferían para ese objeto.

naria, Ningaria, Pluviaria, Capraria, Junonia, Embrónea, Atlántia, Hespéride, Cernent y Gorgona.

En esas diez islas están comprendidas, según parece, las de Madera y Puerto Santo, y tal vez alguna otra ajena a las Canarias, pues el Papa se propuso conceder al instante el señorío de «todas las islas Fortunadas del Océano». Este dato puede hacer comprender el estado de los conocimientos geográficos, por lo respectivo al Océano, en el tiempo en que la dicha bula se expidió.

Ya por entonces nuestro archipiélago era designado con el nombre de Canario, o sea, de islas de Canaria, por ser entonces esta última isla la más celebrada del grupo, o por lo menos, aquella con la que más tráfico hacían los europeos, y la que efectivamente les ofrecía más artículos que comerciar.

El nombre de la isla de Tenerife—como hemos dicho ya—no podía hacerse el genérico de todas, porque cuadraba mal llamar Nivarias o de Nivaria a unas islas en las que jamás se veía nieve, y es sabido que el nombre de Tenerife no fué impuesto a la Nivaria sino muchos años después de llamarse canario todo el archipiélago. Además, la isla de Tenerife experimentó, durante la Edad Media, una serie de catástrofes geológicas que la hicieron denominar isla del Infierno por los mismos navegantes que a la sazón comerciaban con Canaria y las demás islas. Aún hoy se observan las huellas de aquellos volcanes y terremotos, que dejaron abrasado e inculto en gran parte el suelo del país.

Uno de nuestros autores (1) se expresa así, a propósito del nuevo nombre de Canarias, impuesto a las antiguas Afortunadas:

«Es digno de notarse que ya por este tiempo, esto es, por los siglos XIII y XIV, se iba perdiendo la idea o la costumbre de llamar Afortunadas a las Canarias. Co-

(1) D. José García Ramos, en sus «Primeras Nociones sobre las islas Canarias», en la nota núm. 13, al final de la obra.

mo se verá en la relación que va a leerse (1), no se designan estas islas sino con la vaga indicación de «nuevamente descubiertas» (2); y efectivamente, así que comenzó a tenerse una idea positiva de su etnografía y demás circunstancias, empezaron a desvanecerse las ficciones de Campos Elíseos y mansión de los bienaventurados. En esto sucedió una cosa análoga a lo que indicamos hablando de las Hespérides, y que repetiremos aquí:

«Cuando la Italia era aún poco conocida, los griegos la llamaron Hesperia (3), y hasta se creía por muchas gentes orientales que la tierra se prolongaba indefinidamente hacia el Occidente, y hasta se sospechaba que el celeste Hespero—el planeta Venus—se acostaba en aquella tierra privilegiada.

«Cuando la Italia fué bastante conocida de los griegos y otros pueblos de Oriente, ya dejó de ser Hesperia como puede comprenderse—y entró a sustituirla en aquel calificativo la península ibérica, con iguales honores de prolongación hacia Occidente y aún de acoger en su seno durante la noche al lucero celeste.

«Llegó su turno a la Iberia de ser bastante conocida, y ya entonces se llamaron Hespérides las islas del Océano y países que se sospechaba existiesen hacia el Ocaso.

«Así sucedió también con los Campos Elíseos. Estos

(1) Refiérese a una curiosa relación sobre estas islas, escrita en atín por el célebre Boccaccio, en el siglo XIV.

(2) Es indudable que las Canarias, como las Américas, fueron descubiertas y diferentes veces olvidadas—aunque no del todo—por los navegantes europeos y otros antiguos.

(3) Sin embargo de ello, no faltan autores que digan que el rey de España o de Iberia, llamado Hespero, después de dejar impuesto su nombre a esta nación, pasó a Italia a causa de la guerra que le hizo su hermano Atlas, y también dejó allí su nombre impuesto al país—en atención a sus grandes virtudes y popularidad— Sobre ello puede verse también a Mariana, en su Historia de España, donde trata del rey Hespero.

fueron retirándose sucesivamente hacia Occidente, a medida que la tierra iba siendo conocida; y de ahí que las Afortunadas ya dejaban de serlo en la Edad Media, y apenas tuvieron nombre en los siglos XIII y XIV, hasta que prevaleció por último—como en su lugar dijimos—el epíteto de Canarias.»

Concluyamos, pues, estas notas, apuntando algunos datos sueltos que hemos omitido anteriormente.

En su lugar indicamos que la miel de abejas salvajes destilaba sin duda en estas islas de sus peñas y de los huecos de sus árboles, y particularmente indicamos que en Gran Canaria se recogía aquella miel, y daba en arrendamiento con la cera, hasta muchos años después de la conquista. Ahora añadiremos que según nuestro cronista el Lic. Núñez de la Peña, en su conocida obra—lib. II cap. 6.º,—también en Tenerife se señaló para propios de la misma isla, en 1511, las colmenas salvajes; lo que prueba que aquí había también miel que naturalmente destilaba de las peñas y árboles.

En cuanto a los naranjos y otros árboles frutales que se dice haber existido aquí en épocas prehistóricas, no negamos que hay algún fundamento para creerlo así, y que nuestro erudito arcediano e historiador Don José Viera y Clavijo dice—en la nota del capítulo XII, libro I de sus «Noticias»—que entre las hojas fósiles, o sea impresiones de las mismas, que se hallan en Tenerife, las hay de naranjo, limonero, moral, castaño, vid, etc. Nosotros hemos visto—y poseemos—multitud de esas impresiones de hojas de árboles, halladas en esta isla; pero no podemos afirmar que pertenezcan a los géneros precitados. Hay entre ellas algunas que se asemejan bastante a las antedichas, y en particular a las del naranjo, pero ¿quién puede asegurar que en la época en que vivieron los vegetales aludidos, no hubiese diferencia entre ellos y sus homogéneos de los siglos posteriores? Por lo demás, esta misma diferencia puede alegarse como una razón en apoyo de la tesis de que pertenecieron a aquellos géneros los despojos fósiles vege-

tales que hoy aparecen en Tenerife y en algunas otras islas del archipiélago.

Nosotros podemos afirmar—con Viera—que hay entre aquellas hojas una multitud de ellas que pertenecieron a cañaverales, y aún las podemos mostrar a quien desee verlas, entre algunos otros ejemplares de tales fósiles que poseemos; pero si bien esto demuestra que las cañas—en latin *cannae*—abundaron desde muy antiguo en este país y acaso le dieron su nombre, no puede asegurarse con igual certeza que los naranjos fueran aquí igualmente abundantes, y dieran ocasión a decir que en el país de las Hespérides se hallaban los jardines de manzanas (1) o frutas de oro—o sea de naranjas—guardadas por un dragón de cien cabezas de las cuales una dormía mientras las otras velaban.

Indudablemente las Afortunadas tuvieron una reputación singularmente poética en los tiempos proto-históricos; pero el estudio de su geología nos demuestra que anteriormente habían pasado por ellas miles de revoluciones o catástrofes naturales. Han tenido períodos prehistóricos en que los volcanes las dejaron cubiertas casi totalmente de lavas, según tuvieron otros períodos en que las aguas, dulces o saladas, las bañaban casi toda su superficie. En esos tiempos es sumamente verosímil que se hallaron en disposiciones muy diferentes de la que tienen en el día, y que estuvieran una o más veces unidas—fuera del agua—con el vecino continente de Africa, y de consiguiente unidas entre sí. Sus fósiles más profundos son de una inmensa antigüedad; y seguramente pasaron por este país períodos de tiempo en que hubo aquí animales y vegetales que hoy no existen. Pero esa parte de su historia se halla tan sumida en la noche de los tiempos, como lo está la de todo el resto de

(1) Tampoco existían en Canarias manzaneros—al menos que se sepa—al tiempo de la conquista; pero entre las impresiones de hojas de árboles que aparecen en los terrenos calcáreos de estas islas, puede—acaso—haberlas de ese género.

la Tierra, en toda aquella parte relativa a los períodos inmediatos a la consolidación de nuestro Globo.

En cuanto a las inscripciones sobre las rocas, que en estas islas han aparecido, y de las cuales se ven todavía algunas en la isla del Hierro, no hay duda que los sabios han hallado motivo en ellas para largas y profundas disertaciones; como es cierto igualmente que nada absolutamente han logrado concluir de sus estudios, a no ser que las dichas inscripciones son ininteligibles el día de hoy. De ellas se ocupa con toda extensión el ilustrado escritor francés Mr. Berthelot, en su obra «Antiquités Canariennes», que revela una nada común erudición.

Pero, lo repetimos, las dichas inscripciones por interesantes que sean, no parecen susceptibles de interpretación; y por otra parte, ¿quién puede afirmar que esas inscripciones no sean juguete de algún charlatán antiguo que se haya querido dar o hacer pasar por sabio? Preciso es ignorar todo lo que la farsa humana ha imaginado en todos los tiempos; y sobre todo entre los pueblos bárbaros o semi-bárbaros, para desconocer que en todos los tiempos ha habido hombres que retirados en grutas o cavernas u otros lugares solitarios, y siendo en realidad una especie de dementes, se han entretenido en hacer garabatos y signos en las rocas; signos y garabatos que más tarde han puesto en tortura la imaginación de los sabios, deseando hallar la interpretación de tales geroglíficos, de naturaleza muy diversa de la de los egipcios.

Nosotros desconfiamos de muchas de esas inscripciones antiguas; porque sabemos que antiguamente y aún hoy —entre gentes semisalvajes—aparecen ciertos entes que se llaman a sí propios y a quienes se llama adivinos, zahoríes, magos, profetas (1), etc., que llenaron de signos cabalísticos y otros los muros—naturales o artificiales—de sus habitaciones, y que de consiguiente

(1) Hablamos, naturalmente, de los falsos profetas.

nos legaron unos archivos que por desgracia se equivocan con ciertos otros que pudieran realmente ser obra de personas cuerdas, o sea de aquellas cuyos escritos no parezcan hoy unos meros absurdos o utopías, a las personas de verdadero saber.

Hemos merecido de nuestro particular amigo el señor Berthelot la lectura de su indicada obra inédita, y en ella hemos visto sus interesantes observaciones respecto a las inscripciones antiguas,—en cuyo trabajo se tienen en consideración las muy notables sobre inscripciones líbicas, púnicas y numídicas, dadas a luz por el general Taidherbe;—pero a pesar de ello, permanecemos en nuestra idea de considerar casi todas esas antiguas inscripciones grabadas en las rocas, como datos de imaginaciones desarregladas—respecto a la verdadera cultura,—más bien que como unos datos que puedan dar alguna luz sobre la historia de los antiguos tiempos. Y como también el doctor Chil se ocupa del mismo asunto en sus Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias, que actualmente está dando a luz, hacemos estas declaraciones, sin perjuicio de que otras plumas más autorizadas que la nuestra demuestren, si es posible, que puede sacarse algún provecho del estudio de las inscripciones grabadas en las rocas de las islas Canarias.

Además, sería posible que muchos de esos pretendidos letreros que aquí, y en tantas otras partes, han dado tanto que pensar a los curiosos, no fueran ni siquiera antiguos, sino tan sólo la obra de algunos fanáticos, o dementes, de la Edad Media y primeros tiempos modernos. Lo cierto es que ninguno de los antiguos autores que se han ocupado de las Canarias, hace mención alguna de semejantes inscripciones; y nos parece muy extraño ese silencio respecto de monumentos que aunque tan sólo fuera por mera tradición, debieran ser conocidos y señalados generalmente como una cosa notable, caso de que trajeron su origen verdadero de una remota antigüedad.

No concluiremos estas apuntaciones sin añadir dos palabras acerca de los trabajos antropológicos que han sido dados a luz en estos últimos años.

No negamos que los consabidos trabajos han contribuido no poco a demostrar la antigüedad del hombre sobre la Tierra; pero en esto como en muchas otras cosas, la exageración ha tomado cartas, y los semi-sabios—con sus pretensiones impertinentes de hacerse notar, unidas a su insita competencia—han desfigurado, o por lo menos equivocado, un sin número de indicaciones. Han abusado atrocemente de las expresiones «época de la piedra tajada», de la «pulimentada», del «bronce», etc. Causa lástima ver en algunas obras la imprudente pretensión de querer hacer pasar por objetos de una muy remota antigüedad, ciertos utensilios y fragmentos de huesos que seguramente pertenecieron a tiempos muy posteriores. Cuando cualquiera de esos improvisadores de milenios tiene la suerte—que para la Ciencia es una desgracia— de hallar en cualquier agujero o covacho un cráneo humano, una mandíbula, un diente, etc., su imaginación se exalta y se figura haber hecho un estupendo descubrimiento. En consecuencia, se forja o persuade—y pretende persuadir a otros—de que la humanidad existe en aquel país desde hace dos o tres millones de años, sin parar mientes—tal vez por incapacidad—en que lo más verosímil sea que los tales restos apenas cuentan una antigüedad de dos o tres siglos. Y si por casualidad el cráneo o mandíbula es algo deforme, ¡justo Cielo! entonces no encuentran palabra técnica que les satisfaga para significar la remota y desconocida raza de hombres que acaba de descubrir.

Casi todo eso no es más que una pura elucubración o utopía. La mayor parte de los huesos humanos monstruosos que han aparecido, no fueron otra cosa que verdaderas monstruosidades o casos excepcionales, y los pseudosabios, en su culpable pedantería, llegan hasta ocultar otros muchos hallazgos de huesos enteramente idénticos a los nuestros y encontrados en las mismas circunstancias que los otros; los que demostrarían que no hubo ta-

las razas extraordinarias y estrambóticas como han querido suponer.

Esa pobre gente ignora que la Edad de la piedra ha sido muy diversa en las distintas comarcas del Globo; y que aún hoy, en pleno siglo XIX, muchos pueblos—y muchos individuos—viven todavía en la edad de la ignorancia, o lo que es lo mismo, en la edad de la piedra, tallada o pulimentada.

Por lo demás, nosotros no pretendemos negar que la raza humana haya venido perfeccionándose gradualmente. Sólo hemos querido separarnos de una turba de pretendidos arqueólogos y antropólogos, que ofenden la sana razón y el buen criterio con las impertinentes y hasta culpables elucubraciones de sus cerebros calenturientos, sino de una pedantería por desgracia demasiado desarrollada en nuestro siglo XIX.

Innecesario nos es advertir que el estudio geológico del suelo canario revela una antigüedad remotísima. La simple inspección de los inmensos escarpes o tajos que el mar ha formado en sus riberas: la de estos enormes valles de erosión—o sea debidos a las aguas—abiertos casi en peña viva, la de los bancos o léchos de fósiles, y diversas formaciones sedimentarias que se advierten aquí a grandes y diversas profundidades; todo acusa el transcurso de un número de siglos incalculable. Pero hay que convenir también en que la historia física de nuestro globo encierra profundos arcanos. Esas catástrofes torrenciales, o diluvios, de que nos habla la Geología, no podemos calcular todo el poder que tendrían, y de consiguiente, todo lo que pudiera haber cambiado la disposición de la superficie terrestre en uno o varios espacios de tiempo, cortos, relativamente, al largo transcurso de los siglos.

El estudio paleontológico del país no nos ha ofrecido—hasta el día—indicación alguna bastante importante para que merezca consignarse en un trabajo que no es propiamente paleontológico. Nada hemos encontrado en las Canarias que pueda hacer luz en los estudios antropológicos tan en boga en nuestra época. La arqueología humana no

ha podido, hasta la fecha, enriquecerse aquí con menos datos; y tenemos que concluir manifestando que el pueblo guanche no puede ser considerado como un pueblo extraño y de tipo diverso a la Edad Media. El charlatanismo que llamaremos «científico» para diferenciarlo del «político» y de tantos otros charlatanismos, ha pretendido aquí, como en todas partes, descubrir maravillas; pero el hecho es que los antiguos pueblos canarios nada otra cosa tuvieron de particular o de extraordinario, sino que, aislados en medio del Océano, sin comunicación casi ninguna con el resto del mundo y sin metales para poder construirse armas y otros muchos utensilios, necesariamente tuvieron que permanecer muchos años en el estado de pastores, y asemejarse a aquellos otros pueblos que vivieron en el mundo en la Edad de la piedra. Y, sin embargo, la habilidad o ingenio de los antiguos canarios era tal, que sus trabajos en cerámica, en madera, en hueso, en concha, en astas de aquella clase de animales domésticos que poseían, etc., han llamado mucho la atención de todos los anticuarios que los han examinado, y efectivamente revelan en aquellos indígenas un grado muy notable de cultura.

También es de razón que señalemos aquí un error en que han incurrido varios «confeccionadores» de antropología, y que consiste en tomar por regla constante—y fundar sobre ella Eras antropológicas—la observación de que el hombre habitó en cavernas antes de habitar en casas o chozas. Claro está que, en general, la habitación en cavernas precedió a la habitación en chozas o cabañas; pero no es menos claro, o menos evidente, que una multitud de pueblos antiguos que habitaron en países llanos, se vieron en la absoluta necesidad de construir chozas, por no tener absolutamente caverna alguna en que guártese. Esto demuestra que la habitación en cabañas no es siempre una prueba de adelanto en la civilización; y es indudable que muchos pueblos trogloditas alcanzaron un cierto grado de cultura, desde mucho tiempo antes que diferentes hordas salvajes que habitaron en chozas, supieran siquiera cocer el barro: viviendo éstas del robo

y del pillaje, y hasta practicando la antropofagia, de una manera mas o menos inhumana.

Ese es, pues, nuestro sentir acerca de los pueblos antiguos en general, y de los canarios en particular. Hase, por otra parte, vituperado a los españoles la conquista de estas islas, y de las diversas comarcas de América, etc.; pero ese vituperio entraña un absurdo de los más marcados. En efecto, ni los españoles ni otro pueblo alguno debe vituperarse por haber sido conquistador, puesto que está en la índole del hombre el hacer alarde del poder y de la fuerza, siquiera sea para sojuzgar a sus semejantes. Los pueblos canarios, los de América y todos en general, son conquistadores por instinto y por índole; y seguramente fueron mayores las crueldades que esos mismos pueblos conquistados cometían entre sí, que las que respecto a ellos llevaron a cabo los conquistadores. En Canarias, como en América, antes de su conquista, regía en absoluto la ley de la fuerza; la fuerza y hasta la más estúpida superstición eran las que disponían soberanamente de la vida de los hombres; y es el colmo del ridículo el pretender justificar contra sus conquistadores a unos hombres que ejercían entre sí el más cruel despotismo, o caciquismo, como le ejercen en general todos los pueblos bárbaros, cualquiera que sea su origen o su nacionalidad.

No negamos que es altamente repugnante el ver a un pueblo enseñorearse de otro por medio de la fuerza; pero es más repugnante aún el ver que el pueblo vencido no conocía absolutamente otra ley que la del más absurdo despotismo, ni más razón o más derecho, que el derecho del más fuerte.

FIN

DATOS BIOGRAFICOS DEL AUTOR

Don Rosendo García Ramos y Bretillard nació en Santa Cruz de Tenerife el primero de Marzo de 1835. Fué alumno de la Escuela de Náutica de esta capital, pero no sintiendo gran vocación por estos estudios y estimulado por su afán de proporcionarse una cultura más extensa, recabó de sus padres le enviasen al Extranjero, ingresando en uno de los principales colegios de Inglaterra. Más tarde se trasladó a Francia, patria de sus antepasados por línea materna, completando su instrucción con notable aprovechamiento.

Aunque ausente de su tierra natal, demostró siempre una gran afición por los estudios históricos, geológicos y antropológicos relacionados con las islas, y al regresar a Tenerife, ya con una vasta preparación literaria y sólida cultura científica, se consagró a aquéllos por completo. De esta época data su «Revista de las primeras noticias escritas sobre las Islas Canarias», que hoy da a conocer a sus lectores la «Biblioteca Canaria». También publicó varios estudios, entre ellos uno titulado «Especimen de Geología, arreglado a las nociones generales de esta ciencia, dadas a luz hasta 1870» y un curioso trabajo sobre «Noticias de las antiguas posesiones de España en la costa fronteriza a Canarias».

Colaboró activamente en los principales periódicos y revistas de Canarias, y en sus últimos tiempos, en el

popular diario «La Prensa», de Tenerife, firmando sus escritos con el seudónimo de «Chanteclair».

Presidió varias sociedades culturales, entre ellas el antiguo Gabinete Literario de Santa Cruz de Tenerife, plantel de intelectualidad y ciudadanía que dejó perdurable recuerdo entre nosotros.

Sus estudios sobre la raza guanche fueron de verdadera utilidad científica. En las exploraciones que practicó en las cuevas que sirvieron de morada a los primeros pobladores indígenas obtuvo gran número de fósiles, objetos y utensilios que donó más tarde, con plausible desprendimiento, al Museo de esta capital y al de Ciencias Naturales de Madrid, en unión de varios manuscritos explicativos de sus descubrimientos arqueológicos. Por estos y otros méritos se le nombró miembro de la Real Academia de la Historia.

Actuó como político en el partido liberal, sirviendo lealmente a la monarquía. Presidió el Comité de dicho partido en esta capital, y fué designado alcalde de real orden en premio a sus meritorios servicios y reconocido celo por los asuntos públicos.

Su gestión mereció el beneplácito de toda la ciudad, por lo que fué reelegido para el mismo cargo, con aplauso y satisfacción de sus administrados. En recompensa por sus servicios se le concedió el título de Caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III.

Alejado más tarde de la vida pública por sus achaques de salud, desde su retiro continuó laborando por la cultura del país, a la que aportó nuevos e interesantes trabajos de carácter histórico y etnográfico, entre los que destacan sus estudios genealógicos de las principales familias descendientes de sangre real guanche.

Su muerte, acaecida en Santa Cruz de Tenerife el 18 de Septiembre de 1913, privó al país de una personalidad esclarecida por sus dotes intelectuales, su laboriosidad y devoción por la raza isleña, de la que fué uno de sus más competentes investigadores. Una figura, en fin, que merece recordación y gratitud en justo homenaje a su valer y su modestia.

